



**Facultad de Periodismo y Comunicación Social
U.N.L.P**

**Economía Política
Historización**

Profesor: Eduardo Alegre Gálvez

Índice

Estructura Económica Mundial, Berssoza, Carlos; Bustelo, Pablo	3
Política económica, Ferrucci, Ricardo	17
Relaciones entre economía, política y cultura en las matrices de la filosofía jurídico- política liberal, del liberalismo económico y del marxismo, Prof. Eduardo Gálvez	46

BERSOZA, CARLOS; BUSTELO, PABLO.

ESTRUCTURA ECONÓMICA MUNDIAL

EDITORIAL SÍNTESIS S.A., MADRID, 1996.

Parte I: El análisis de la economía mundial.

2.2 El origen de la economía política.

La corriente mercantilista en Inglaterra y la escuela fisiocrática en Francia habían dirigido su atención, si bien de un modo bastante diferente, a la importancia del excedente económico. Los economistas clásicos profundizaron en este concepto, aunque le dieron otra orientación.

2.2.1. Mercantilismo y fisiocracia.

Los autores mercantilistas del siglo XVII y primera parte del siglo XVIII, aunque con diferencias en muchos temas, estuvieron de acuerdo en un punto: la importancia de un excedente de las exportaciones sobre las importaciones, es decir, la necesidad de conseguir una balanza comercial favorable.

Smith divide a los mercantilistas en dos grupos: bullonistas (mercantilistas tempranos) y defensores de la balanza comercial favorable (mercantilistas tardíos). Los primeros son los que identifican la riqueza con los metales preciosos, y recomiendan medidas como la prohibición de la saca de dichos metales. Los segundos proponían medidas de política comercial que consiguieran que el volumen de las exportaciones fuera superior a las importaciones. Se consideraba que una balanza comercial favorable significaba poder, abundancia, o ambas cosas a la vez, para el país que lo lograra.

La consecución de los objetivos mercantilistas implicaba un grado considerable de intervención estatal en la actividad económica. La mayor parte de los países europeos de aquella época intentaron proteger a las empresas nacionales intentando conseguir la autosuficiencia nacional y generar el excedente comercial que tanto les importaba. Se sostenía que era importante restringir las importaciones y fomentar las exportaciones, para lo cual se creyó conveniente la concesión de privilegios comerciales monopolísticos a compañías dispuestas a buscar nuevos mercados; sobre todo, aunque no sólo, en el comercio de ultramar.

El mercantilismo fue más bien una política que una visión científica sistemática. Smith criticó estas concepciones, y recalcó que el fundamento de la riqueza se encuentra en la producción y no en la acumulación de metales preciosos. En consonancia con su argumentación, mantuvo que el descubrimiento de América benefició a Europa no tanto por las minas y el abaratamiento del oro y la plata, sino por la apertura de nuevos mercados que aumentaron la capacidad productiva del trabajo.

Frente a la visión mercantilista, la otra escuela preclásica, la fisiocracia, consideró que la agricultura era el único sector productivo de la economía, debido a que era el que generaba el excedente. El excedente, para los fisiócratas, se concebía como aquella parte de la riqueza producida que excede

a la riqueza consumida en el proceso de producción. Esta teoría del excedente es la base sobre la cual Quesnay construye el esquema de funcionamiento del sistema económico. En este esquema la sociedad está dividida en tres clases: la clase productiva, constituida por los arrendatarios capitalistas y asalariados que desarrollan su actividad en el ámbito de la agricultura y que son los que crean el excedente; la clase estéril, constituida por todos aquellos que ejercen su actividad al margen de la agricultura y cuyo trabajo no es productivo, no porque no sea útil, sino porque no produce excedente; y la clase de los propietarios de tierras, que no desarrolla ninguna actividad económica y que posee, sin embargo, el derecho a la percepción de la renta, esto es, de todo el excedente. De esta última clase, en realidad, forman parte también el soberano, con la corte y el conjunto de los funcionarios públicos, y la Iglesia. Todos éstos perciben una porción de renta, bien por ser ellos mismos propietarios (como puede suceder con el soberano y con la Iglesia), o bien porque tienen derecho a la recaudación de impuestos (por lo que se refiere al soberano) o diezmos (por lo que concierne a la Iglesia).

Este descubrimiento fue expuesto en un ingenioso diagrama titulado *Tableau Économique* por el doctor François Quesnay, médico de la corte de Luis XV. Este *Tableau* era básicamente una construcción conceptual o herramienta teórica, más que un cuadro o una tabla específica. Su concepto fundamental se bosquejó primero en forma descriptiva, y después en diferentes diagramas, desde el inicial zigzag hasta la fórmula final.

Sobre estos fundamentos, se atacaba la política económica francesa con el argumento de que discriminaba a la *productiva* agricultura a favor de la *estéril* empresa manufacturera. Con la crítica que se realizaba a las políticas mercantilistas, los fisiócratas se anticiparon a la crítica de Smith. Las reformas que básicamente proponían los fisiócratas eran las siguientes:

- a) Realizar una política que llevase consigo la abolición de las restricciones (entonces preponderantes en la política económica francesa) a la exportación de grano, para garantizar un buen precio y favorecer con ello el proceso productivo en la agricultura y, por consiguiente, la propia formación del *producto neto*.
- b) Los precios de las manufacturas se deben formar al más bajo nivel compatible con los costes de producción. Para tal fin, era necesario evitar toda situación de monopolio en la actividad manufacturera, especialmente suprimiendo las barreras (muy numerosas por aquel entonces) que, impidiendo la libre circulación de mercancías en el territorio nacional y fraccionando el mercado interior en un conjunto de mercados locales, obstaculizaban el pleno desarrollo de la libre competencia. Estas dos posiciones configuran la orientación liberal que constituye una de las características más relevantes del pensamiento fisiocrático.
- c) Finalmente, era necesario tener un tipo de imposición fiscal que no gravase la producción, de ahí la tesis de implantar un impuesto único sobre la renta. Ésta era sin duda la más radical de las reformas de su programa, en cuanto era contraria al mantenimiento del tradicional derecho feudal de la exención de que gozaba la clase propietaria.

En este sentido el *Tableau* es la descripción del orden natural: situación óptima porque maximiza la magnitud del producto neto, y por esto la amplitud misma del proceso económico global. El carácter natural de este orden se deriva del hecho de que su instauración debería tener lugar automáticamente, por virtud innata de las mismas fuerzas sociales en juego una vez que las reglas del gobierno no impidieran a estas fuerzas funcionar libremente.

La escuela fisiocrática fue pionera, no sólo por la crítica que hizo al mercantilismo, sino porque utilizó el razonamiento deductivo para expresar el funcionamiento de un sistema económico.

2.2.2. Los clásicos

La escuela inglesa clásica mantuvo el interés por los orígenes y la naturaleza del excedente económico. Al igual que los fisiócratas (y contrariamente a los mercantilistas), sus miembros más destacados habían de afirmar que el excedente no surgía del comercio sino de la producción. Pero a partir de este punto los clásicos difieren de los fisiócratas, ya que, para el pensamiento clásico, la agricultura no era la única actividad productiva, pues la industria también generaba un excedente. Este pensamiento respondía a las exigencias del nuevo industrialismo. Mientras que los fisiócratas analizaban la estructura económica de Francia a mediados del siglo XVIII, que era predominante agrícola, con propiedad de la tierra generalmente señorial, los clásicos se enfrentaban ya a la emergencia de una sociedad capitalista. La corriente de pensamiento clásico vivió bajo el impacto de la revolución industrial. Fue el desarrollo industrial del mundo moderno el que impresionó a los economistas clásicos como el rasgo más importante de la nueva sociedad. El comercio, por supuesto, fue también importante, pero la producción de bienes manufacturados influyó decisivamente sobre la actitud que los economistas clásicos adoptaron hacia la realidad económica que querían investigar.

En suma, la economía política como ciencia se inicia realmente de una forma organizada con la aportación de Smith, que coincide con la emergencia de una nueva sociedad industrial que va a suponer para la civilización humana una gran transformación. Con anterioridad, los mercantilistas, y escritores como W. Petty, J. Locke, en la última mitad del siglo XVII, y D. Hume, Cantillon y los fisiócratas franceses en la primera mitad del siguiente, constituyen los precursores de la economía política clásica.

Estos precursores se las ingeniaron para abordar muchos de los aspectos de la realidad económica y casi todos los conceptos de la teoría que han ocupado a economistas de distintas generaciones hasta ahora. Tal logro fue, sin duda, sustancial e impresionante, pero ello no significa que se puedan considerar sus aportaciones como la construcción de un sistema de pensamiento económico acabado. El haber conseguido una autonomía en el pensamiento económico, así como un sistema elaborado, se debe a Smith.

Este gran analista de la sociedad que le tocó vivir fue testigo de una época que se caracterizó por el surgimiento y triunfo de dos revoluciones: la revolución industrial inglesa y la revolución francesa. Crítico de los mercantilistas, simpatizaba con la fisiocracia francesa, que a su vez lo hacía con Cantillon. *La riqueza de las naciones* es, de algún modo, resultado de esta

interacción. Por primera vez, los problemas del valor, la distribución, el progreso económico, el comercio internacional, las finanzas públicas y la política económica se discutieron y analizaron dentro de un cuerpo teórico interdependiente y sistemático.

El progreso de las ideas económicas fue acompañado por una gradual evolución de los métodos de análisis económico. En términos general, se pasó de un enfoque parcial, concreto y empírico, a otro global, abstracto y deductivo. Los mercantilistas abordaron las cuestiones por medio de discusiones fragmentarias y parciales basada en observaciones y, a partir de ahí, trataban de generalizar. Además no proponían leyes de comportamiento económico.

Los otros autores precursores de la economía clásica tuvieron un planteamiento más abstracto que los mercantilistas. No obstante, no fueron demasiado lejos en este enfoque, y aunque hubo un avance notable hacia una mayor abstracción y generalización, no se llegó a establecer un método de análisis claramente deductivo y especulativo. Esto lo consiguió la economía política clásica, que supuso, además de todo lo dicho, un nuevo método de investigación económica.

2.3 La escuela clásica.

Esta escuela está formada por unos autores que se suceden unos a otros, que se prolongan, se precisan, se corrigen y se completan. Adam Smith, T.L.Malthus, J.B. Say, D.Ricardo y Stuart Mill son los más importantes. La doctrina que contiene los puntos más relevantes de todos los pensadores que podemos considerar como clásicos fue construida laboriosamente, por tres generaciones de economistas, a fuerza de controversias, de puntos de acuerdo y de difícil síntesis.

2.3.1. Adam Smith

La preocupación dominante de la escuela clásica fue la de enunciar *leyes naturales* de un orden económico que se autorregulaba. En tanto que esto había sido concebido por Quesnay en términos de flujo o circuito de intercambio entre los distintos sectores económicos, Smith lo estableció en términos de fuerzas de mercado que determinaban *valores naturales* como consecuencia del funcionamiento de la competencia, sobre la oferta y la demanda.

El precio de mercado, que podía depender en un momento concreto de la oferta y la demanda, tendía, no obstante, cuando las condiciones de libertad de mercado lo permitían, hacia el valor natural; pero en un mundo en el que había restricciones a esa libertad, como, por ejemplo, la existencia de precios ratificales, establecidos por reglamentaciones legales de existencia de monopolios, no había nunca esa coincidencia. El precio natural es el precio central, alrededor del cual los precios de todas las mercancías están gravitando continuamente.

El precio natural es inseparable del concepto de competencia, y estaba compuesto por los salarios, las rentas (la ganancia de los propietarios de la tierra), y los beneficios (la ganancia de los propietarios del capital). Cada uno de estos conceptos, a su vez, tenía su propio nivel natural. Smith distinguía, por tanto, el precio de mercado del precio natural. El precio de mercado venía

determinado por la oferta (la cantidad llevada al mercado) y por la demanda, y podía desviarse del precio natural a corto plazo. A largo plazo, sin embargo, en condiciones de competencia tiende a coincidir con el precio natural, o con el coste de producción. En un determinado período, los tipos naturales de salario, beneficio y renta deben considerarse constantes, de forma que el precio natural sólo puede variar si cambia la tecnología. Aunque el precio natural es estable durante un determinado período de tiempo, no obstante, al pasar de un estadio de desarrollo a otro, varía no sólo como consecuencia de los cambios tecnológicos, sino también por variaciones en los salarios, beneficios y rentas.

De todo ello se deducía que cualquier política que tendiese a aumentar el precio de mercado por encima del valor natural suponía disminuir la riqueza pública. Todos los monopolios y privilegios exclusivos de las corporaciones, aunque fueran creados con fines benéficos, tienen un efecto pernicioso para el buen funcionamiento de la sociedad y la consecución del progreso económico. Por tanto, la mejor política sería dejar que las cosas siguiesen su curso natural. Con ello se enunciaban los presupuestos liberales que, heredados de los fisiócratas, se convierten en el principio básico de toda la escuela. Smith se convierte en el adalid del capitalismo competitivo, del librecambio y del mecanismo de formación de los precios.

El mensaje de Smith es que el capitalismo competitivo, si no es el mejor de todos los sistemas económicos, es en cualquier caso el mejor de todos los sistemas posibles. Resulta necesario eliminar al menos la mayoría de los monopolios y restricciones al comercio interior y exterior, hay que permitir que cada hombre haga lo que quiera con lo que es suyo (y en particular con su capital), hay que dar rienda suelta a la libertad natural, y la famosa mano invisible maximizará automáticamente la tasa de crecimiento del producto nacional y fomentará la difusión de una mayor opulencia entre el pueblo.

De aquí se deriva la preocupación fundamental de Smith por el crecimiento económico. Al contrario de los mercantilistas, está interesado en la producción total por persona más que en la riqueza total de un Estado; y en lugar de centrarse en el flujo circular de las rentas, como hacen los fisiócratas, su visión es la de una economía que se desplaza hacia arriba en una espiral de crecimiento. Enunció su explicación del crecimiento en las primeras páginas de su obra planteando la *división del trabajo*. Esta división determina el progresivo aumento de la capacidad productiva del trabajo. Se trata del incremento de la productividad que tiene lugar por tres vías: la mayor destreza, el ahorro de tiempo en el paso de una tarea a otra, y la utilización de maquinaria.

La especialización de tareas producía unos beneficios considerables que, sin embargo, sólo estaban al alcance de aquellas sociedades en las que pudiera haber producción para el intercambio. De modo que la división del trabajo estaba limitada por la *extensión del mercado*, y toda medida que ampliara el mercado –ya fuera geográficamente, por ejemplo a través de las mejoras en el transporte y las comunicaciones o de nuevos descubrimientos, o económicamente, por ejemplo a través de la desaparición de las restricciones al comercio- era de interés general. Así, la ampliación de la dimensión del mercado crea nuevas posibilidades para la división del trabajo y, por lo tanto, también para los cambios tecnológicos, que pueden promover una expansión de la producción reduciendo los costes, determinando una ulterior ampliación del mismo mercado. Se pone en marcha entonces una reacción en cadena. Al tiempo, Smith puso de manifiesto que la única forma de mercado compatible

con el desarrollo económico es la competencia, que concibe como un proceso –un mercado en el que la libre entrada y la libre salida tienden a crear una economía en expansión- de la producción y el comercio y no, como hacen los neoclásicos posteriormente, como un estado de hecho –un mercado con un gran número de productores-.

La concepción de la división del trabajo no quedaba reducida a la especialización profesional, sino que también se refería Smith a la que se producía entre aquellos empleados en trabajo útil y los no empleados así. La división del trabajo en esta segunda acepción desempeñaba un papel muy importante en el crecimiento económico, y está vinculada con la concepción de los economistas clásicos sobre trabajo productivo e improductivo. Esta división no hay que considerarla como un juicio de valor, sino como una categoría analítica fundamental relacionada con la capacidad de generar excedente. De hecho, se había ampliado a la industria la actividad productiva respecto de la visión de los fisiócratas, que la habían reducido a la agricultura. Quedaban excluidas de la categoría de productivas, aunque se considerasen como necesarias, todas las actividades del sector servicios, porque no eran susceptibles de generar productos tangibles o excedentes que se pudieran reinvertir.

Para Smith, como para sus sucesores inmediatos, los economistas políticos clásicos, el análisis del proceso de producción adquirió prioridad sobre el proceso de intercambio. El crecimiento económico se concebía como el resultado de la interacción que surgía entre la división del trabajo y la acumulación de capital; la acumulación de capital estaría a su vez determinada por la cantidad de excedente económico generado y el uso que para fines productivos se haría del mismo. La explicación de los factores que determinan la magnitud del excedente se convirtió, de hecho, en uno de los temas centrales del análisis clásico. La disponibilidad de un excedente, a partir del cual pudiera acumularse capital, era el eje central sobre el que se estructuró la concepción del crecimiento que desarrolló esta escuela.

Resulta evidente que para lograr un ritmo de crecimiento los sistemas económicos no sólo deberán reproducirse, sino que además tendrán que generar un excedente. El excedente se identifica en Smith con la renta neta, la cual se obtiene de deducir de la renta bruta, que es el producto anual total de todos los habitantes de un país, de su tierra y de su trabajo, todo lo necesario para mantener la sociedad en su conjunto, es decir, además del desgaste del capital fijo y la reposición de materias primas, el gasto que hay que cubrir para las necesidades de mantenimiento de las diversas clases de la sociedad.

Este excedente se puede utilizar con el fin de ampliar la producción para el futuro. Para acumular es necesario ahorrar, no consumir, parte de las ganancias. Las clases sociales que se apropiaban del excedente, la burguesía y los terratenientes, podían destinarlo para la ampliación de su consumo o para invertirlo. Los terratenientes mostraban una tendencia hacia el lujo y a mantener empleos improductivos, mientras que los capitalistas eran los agentes principales de la acumulación de capital.

Dado que la división del trabajo permanecía como elemento clave del crecimiento económico, su efectividad estaba limitada por una expansión del mercado y de la oferta de capital inadecuadas. La distinción entre trabajo productivo e improductivo le condujo a la conclusión de que el crecimiento del

capital depende de una mayor utilización de los fondos en el empleo de trabajo productivo.

La acumulación de capital no podía analizarse aisladamente de la distribución de la renta entre burguesía, terratenientes y asalariados. Los trabajadores recibirían un salario de subsistencia, y la renta (terratenientes) y el beneficio (burguesía), se deducirían del valor del producto. La renta de la tierra era un precio monopolístico, pero no explicó el problema del beneficio. El valor del producto se repartía, por tanto, entre la renta, el beneficio y los salarios.

El proceso de crecimiento, no obstante, no es infinito. Todas las economías, finalmente, llegan a un estado estacionario. Con el desarrollo, las oportunidades de inversión se agotan progresivamente y la demanda empuja los salarios hacia arriba hasta que los beneficios llegan a un mínimo.

Lo que realmente impresiona de este gran pensador es el hecho de haber orientado, en un único cuerpo teórico, casi todos los problemas que van a ser objeto de reflexión científica sucesiva y, sobre todo, de haber captado perfectamente la naturaleza de la nueva economía nacida con el advenimiento de la burguesía. En realidad, todos los autores clásicos construyeron sobre los cimientos de Smith. Aunque, como es lógico, dejó algunos cabos sueltos en su argumentación, que sus seguidores trataron de depurar y profundizar.

2.3.2 Malthus, Say y Ricardo

Malthus, Say y Ricardo revolucionaron el método económico, aunque la contribución de Ricardo fue en este terreno la más importante. La participación de Ricardo en el desarrollo del método de análisis puramente especulativo fue, con mucho, la mayor. Se puede decir que fue el fundador de la teoría económica pura como un ejercicio de lógica casi autónomo. Ricardo descubrió las leyes que gobiernan la distribución del producto en un modelo simple y abstracto.

Malthus (1766- 1834), por su parte, iba a desempeñar un papel muy significativo en la siguiente etapa del debate clásico. La situación económica cambiaría en las décadas de 1790 y siguientes. Las transformaciones más relevantes fueron fundamentalmente tres. La primera, una gran expansión demográfica, que dio lugar a un enorme y continuo incremento en el crecimiento de la población que no sólo tuvo lugar en Gran Bretaña, sino también en la Irlanda subdesarrollada, así como en la Europa noroccidental. La segunda la produjo el estallido de la revolución francesa y de las guerras napoleónicas, que se prolongaron hasta 1815 y que tuvieron un efecto que perturbó más a la economía de Gran Bretaña y sus rivales comerciales que cualquier otra guerra anterior. La tercera fue una aceleración del proceso de industrialización en Gran Bretaña y, en menor medida, en Europa occidental.

Los efectos sociales de la explosión demográfica se estaban haciendo evidentes. Precisamente fueron las consecuencias que provocaba la expansión demográfica lo que impulsó a Malthus a ocuparse de estos problemas. Publicó en 1798 su primer ensayo sobre la población. La estimable acogida que tuvo su ensayo le condujo a preparar seis ediciones posteriores, la última en 1826. Lo más importante de su contribución fue lo que él llamó el *principio de población*. Este principio afirma que el crecimiento natural de la población tiene lugar de acuerdo con una progresión geométrica, pero que los medios de subsistencia

sólo pueden hacerse crecer según progresión aritmética. De ahí la inevitabilidad de los frenos del crecimiento de la población.

En la primera edición distinguió dos frenos: el positivo y el preventivo. A través del freno positivo, la población podría diezmarse por la guerra, el hambre, la peste, las plagas o enfermedades. El preventivo buscaba convencer a la plebe para que ejerciese la prudencia apropiada restringiendo su crecimiento. Malthus mostró pocas esperanzas de que esto ocurriera, y además consideraba que un retraso indebidamente largo del matrimonio se asociaría probablemente con un aumento de la depravación moral y de las aficiones no naturales. Aún así recomendaba la abstinencia, que entendía como la privación del matrimonio no seguida por satisfacciones irregulares. Los pobres, sobre todo, debían ser amonestados para que procediesen con gran prudencia y no se lanzaran al matrimonio y a la procreación de una familia sin tener en cuenta el futuro. En consecuencia, Malthus fue un adversario decidido de la beneficencia pública. Sostenía que el Estado no debía reconocer a los pobres el derecho a recibir ayuda, y que debía abolir la Ley de Pobres. La caridad, privada o pública, no era remedio a la falta de previsión causante de la miseria de los pobres.

Esta visión era claramente pesimista, ya que consideraba que si tenía lugar cualquier mejora en los niveles de renta, ésta sería neutralizada por la expansión de los habitantes; los salarios tenderían, ante el aumento de la población, al nivel de subsistencia.

Malthus, además de este principio de la población, formuló la *ley de los rendimientos decrecientes de la tierra*. Esta ley fue presentada casi simultáneamente, en el curso de veintidós días, en febrero de 1815, por no menos de cuatro destacados economistas ingleses: Malthus, West, Ricardo y Torrens. El hecho de esta coincidencia se debió a que la Cámara de los Lores y la de los Comunes habían nombrado comisiones para investigar las causas del alto precio del trigo durante los veinte años anteriores y de las altas rentas, hecho muy importante, que se pagaban por las tierras. Los terratenientes defendían la situación afirmando que la mejora del cultivo exigía cada vez más la roturación de tierras más pobres, cuya renta era muy baja a pesar del alto precio del trigo. Una reducción de los precios, o la importación de trigo a precios más bajos, detendría la mejora de la agricultura y causaría el quebranto del capital empleado en tierras menos fértiles. Escasas semanas después de publicarse esta investigación, los economistas más destacados de aquel tiempo formularon su generalización: una ley de los rendimientos decrecientes.

La creciente renta de la tierra se presentaba como la consecuencia directa del aumento de la población. Pero la ley de los rendimientos decrecientes de la tierra no era necesaria ni para el principio de la población malthusiano ni para la teoría de la renta de Ricardo.

Malthus tiene su puesto en la historia de las ideas económicas no sólo por su contribución al análisis clásico de la población y de los rendimientos decrecientes de la tierra, sino también porque se le considera como el primer teórico que concedió importancia a la demanda efectiva. En esto, además, tuvo una controversia con Ricardo, al no estar de acuerdo con la *ley de Say* (1767-1832). Este economista francés había afirmado que toda producción engendra su propia demanda, conclusión que se derivaba de que toda la renta era gastada ya en bienes de consumo, ya en bienes de inversión. Se descartaba la posibilidad de una superproducción general, aunque pudiera darse una parcial

–una situación en la que algunas industrias o empresas individuales eran incapaces de colocar toda su producción- pero que también tendería a corregirse por sí misma.

Malthus publicó los *Principios de economía política considerados con miras a sus aplicaciones prácticas*, en 1820, como réplica a Ricardo. Entre las ideas que Malthus atacaba estaba la opinión tradicional de que todo hombre frugal era un bienhechor público. La rechazó diciendo que el principio de ahorro llevado al extremo destruiría el móvil de la producción. De manera que si la producción muestra un gran exceso sobre el consumo, el móvil para acumular y producir tiene que cesar por falta de voluntad para consumir. Sobre este argumento, Malthus defendía el consumo improductivo de los terratenientes como remedio contra el exceso de productos en los mercados, y advertía sobre las consecuencias negativas que se desprenderían si había una excesiva frugalidad y ahorro.

Con estas ideas, Malthus criticaba no sólo la ley de Say, pues consideraba como posibilidad que no toda oferta generaba la demanda, debido a que había exceso de mercancías en el mercado, sino que también defendía ese consumo improductivo de los terratenientes que tanto atacaban los clásicos como Smith y Ricardo, frente a la defensa que hacían de la frugalidad de la burguesía que destinaba su excedente a la acumulación y no al consumo improductivo. Malthus se desviaba así de la doctrina clásica ortodoxa, pues mientras que para Smith, y sobre todo para Ricardo, la burguesía, como consecuencia de su comportamiento, era el principal motor de la acumulación, y los terratenientes eran una rémora, ya que consumían mucho y acumulaban poco, él concedía una gran importancia a la clase de los terratenientes como consumidores, y con ello introducía la importancia de la demanda efectiva en el proceso económico. No se trataba, por tanto, sólo de generar excedente e invertirlo, sino también de consumir las mercancías producidas.

La controversia entre Ricardo y Malthus se decantó a favor del primero entre las opiniones profesionales, debido a que sus teorías eran más sólidas analíticamente. No obstante, Keynes, un siglo después, consideró que si la ciencia económica del siglo XIX se hubiera inclinado por Malthus frente a Ricardo el mundo sería más sabio y rico. Y es que Keynes vio un precedente a su teoría de demanda efectiva en Malthus, pero no cabe duda de que a pesar del entusiasmo de Keynes, los argumentos de Malthus no eran excesivamente consistentes.

Ricardo retoma en su análisis el planteamiento de Smith sobre los precios naturales de la renta, el beneficio y el salario. Las divergencias entre los precios de mercado y sus niveles naturales son consideradas solamente como desviaciones temporales y sin importancia.

La renta, la parte del producto de la tierra que es pagada a los terratenientes, no entra en la teoría del valor de Ricardo: es una detracción del producto total. La renta es determinada por factores técnicos. El hecho de que existan parcelas de tierra que tengan distinta fertilidad y que sucesivas aplicaciones de trabajo a la misma cantidad de tierra desemboquen en cantidades de producto cada vez menores (ley de rendimientos decrecientes) hace de la renta una ganancia neta para los terratenientes.

Los salarios se encuentran vinculados para Ricardo, como en todos los economistas clásicos, con las necesidades fisiológicas de los trabajadores y sus familias para subsistir y reproducirse. Aunque se habla de salario de

subsistencia, este concepto no responde sólo a lo estricto para vivir, sino a un nivel existente en un país y en una determinada condición de sociedad. El precio natural del trabajo, es decir, el salario, varía con el tiempo en un mismo país y difiere considerablemente entre diferentes países.

El salario de mercado se puede elevar por encima del salario natural hecho que sucede cuando los capitalistas acumulan capital, la demanda de trabajo aumenta y el salario de mercado se eleva por encima de su nivel natural. Sin embargo, Ricardo, al igual que Malthus cree que esta situación es sólo temporal, porque al mejorar el nivel de vida de los trabajadores éstos aumentan la familia y el aumento de la población, al hacer crecer la oferta de trabajo, hace retroceder el salario de mercado a su salario natural.

Finalmente, los beneficios representan un residuo. Como la renta está determinada por el producto de la tierra marginal que está en cultivo y el salario depende de los factores mencionados, lo que queda de la producción total es el beneficio.

El crecimiento económico es esencialmente obra de los capitalistas y por tanto, el tamaño de los beneficios. Si la renta de la tierra aumenta, los salarios, los beneficios tienden a decrecer. Los terratenientes son considerados como improductivos y los trabajadores consumen todo lo que reciben, no pueden ahorrar. Los capitalistas sólo consumen una parte pequeña de lo que obtienen, destinando sus beneficios a la acumulación de capital. Los capitalistas son los verdaderos motores del sistema, y del tamaño de los beneficios dependerá la acumulación de capital.

El proceso de acumulación no puede proseguir indefinidamente. Como todos los economistas clásicos, Ricardo pensaba que la economía estaba abocada a la llegada del estado estacionario, pero su argumento difería del de Smith. Su visión de la dinámica de la acumulación se explica porque el aumento del capital produce un incremento en el fondo de salarios y del salario unitario. Pero si el salario se incrementa aumenta el número de trabajadores. Habrá una expansión de toda la actividad económica, y el proceso continuará mientras haya posibilidad de acumular beneficios. La ampliación de la acumulación demandará más alimentos, por lo que se hace necesario poner en cultivo tierras menos fértiles. Al crecer los costes de la explotación agraria aumentarán los precios de los alimentos, al tiempo que se incrementan las rentas de las tierras más fértiles. Los salarios monetarios tenderán al aumento para mantener el mismo salario real, que es de subsistencia, como resultado del aumento de los precios de los bienes de primera necesidad. El aumento de los salarios determinará el descenso de los beneficios industriales, y se llegará a un punto en el que el beneficio se reduzca a cero. En ese momento cesará toda acumulación: el sistema habrá llegado al estado estacionario. Aunque, en realidad, Ricardo planteó que la acumulación cesaría antes de que los beneficios llegaran a cero, ya que se puede concebir un tipo de beneficio mínimo por debajo del cual cesa todo estímulo par invertir. El estado estacionario puede retrasarse por la aplicación de nuevos inventos y descubrimientos, que aumentarán la productividad del trabajo, pero acabará finalmente por alcanzarse. Asimismo, consideraba que la presión al alza de los precios de los bienes de subsistencia y, a su vez, de los salarios monetarios podría atenuarse a través de la importación de productos alimenticios del exterior a más bajo coste. Esto llevaba a criticar la Ley de Granos, que amparaba a la agricultura nacional.

Ricardo tuvo insuficiencias teóricas pero, a pesar de ello y de sus predicciones pesimistas, que han sido desmentidas por la historia económica, la contribución de este autor es considerada como una de las más importantes que se han realizado en la historia del pensamiento económico. Fue un defensor del nuevo orden industrial. Su teoría de la renta como un excedente obtenido a expensas de la clase industrial y como una carga sobre sus beneficios fue un ataque contra los intereses de los terratenientes y contra la legislación que, como la citada Ley de Granos, al aumentar la renta reducía los beneficios. Fue el economista más claro defensor del nuevo orden burgués porque presentó, con más capacidad analítica que todos los que le precedieron, el “orden económico natural” como una unidad conceptual y de progreso, basado en la industrialización capitalista. Con él llegó a su máximo esplendor la economía política. Stuart Mill, que cierra el ciclo de la escuela clásica, tuvo indudables méritos, pero fue más bien un intérprete de la economía política que un inventor de nuevas ideas.

2.4. El marxismo

La economía política tuvo su origen en los cambios sociales, económicos e ideológicos que marcaron la transición de Europa occidental hacia la nueva era burguesa. El desarrollo de la teoría clásica se produjo en los primeros pasos de la industrialización, y como consecuencia de todo ello mostró un interés común por el proceso de crecimiento económico. Sus preocupaciones centrales fueron los problemas derivados de la expansión económica a largo plazo y la relación entre la distribución de la renta y las variaciones a que podía estar sujeta en el producto total.

Estos importantes cambios, sin embargo, no habían reportado beneficios a la gran masa de la población. La nueva clase de los trabajadores industriales se hacinaba en los barrios pobres de las ciudades, en los que no había las mínimas garantías sanitarias, y predominaban unas condiciones miserables de vida. A su vez, los horarios de trabajo excesivamente largos y la jornada de catorce horas, eran normales en las fábricas de 1840, así como el trabajo duro de mujeres y niños. El sistema de la economía clásica, que suponía que la expansión económica traería beneficios para todos, no parecía funcionar. Además, en esta etapa de expansión industrial la economía estaba sujeta a una gran inestabilidad, caracterizada por la sucesión de auges y crisis.

Stuart Mill se enfrentó a este problema suponiendo que la distribución de la renta se puede modificar y que, por tanto, resultaba factible promover el bienestar general, también el de la clase trabajadora. Su concepción sobre el papel económico del Estado fue lo que más le diferenció de la ortodoxia clásica.

Marx disintió de esta posibilidad reformista y planteó que la situación sólo podía ser superada con la implantación de un nuevo orden económico, político y social. El socialismo marciano tuvo tres fuentes principales de pensamiento: el socialismo francés, la filosofía alemana y la economía política clásica.

El interés de Marx por los problemas económicos (como distintos de los filosóficos e historiográficos) empezó con su investigación sobre las condiciones de vida de los campesinos del Mosela, a la que se dedicó entre los años 1840 y 1843, cuando era director de la *Rheinische Zeitung*. Durante su estancia en París, a partir de 1843, es cuando parece que comienza el estudio

de los economistas (en particular de Smith, Ricardo, James Mill, Mc Culloch y Say), estudio que proseguiría con intensidad en el largo exilio londinense, una vez concluidos los acontecimientos revolucionarios de 1848.

2.4.1. Marx, un clásico heterodoxo.

Marx heredó mucho de la visión y estructura teórica de los clásicos, y de hecho hay quien le considera como el último de los economistas clásicos. No obstante, su análisis supuso una ruptura con su esquema teórico. En primer lugar, porque las leyes económicas que intentó descubrir no eran ni universales ni eternas, sino válidas para estadios particulares de la historia. Los economistas clásicos, en una línea que descendía directamente del pensamiento fisiócrata, aceptaron la sociedad en que vivieron como una parte del orden de la naturaleza. Marx, por el contrario, la consideró como una fase de transición entre el pasado feudal y el socialismo venidero. Lo que resulta significativo en *El capital*, es su fundamento esencialmente histórico: el objeto de análisis es el funcionamiento del capitalismo como sistema económico-social ligado a determinadas condiciones históricas, que lo caracterizan como un modo de producción específico. Esta última categoría comprende las relaciones sociales de producción: el aspecto fundamental del capitalismo que Marx pretendía develar era la polarización social, en virtud de la cual la propiedad tendía a concentrarse en manos de una minoría (la burguesía), mientras que la mayoría de la población (o una parte considerable de la misma) se veía totalmente privada de ella.

En segundo lugar, la teoría del beneficio: el origen del beneficio no se puede resolver adecuadamente si no se parte de las relaciones sociales de producción entre asalariados y capitalistas. Éstas eran la clave para explicar esa operación de intercambio que hacía posible la existencia de un beneficio del capital. Marx criticaba a los economistas clásicos, a pesar de su indudable admiración hacia ellos, por no haber conseguido explicar este hecho, al menos no suficientemente.

Por último, la teoría del ciclo económico: las fluctuaciones cíclicas, sostiene Marx, no es el resultado de acciones exógenas, sino de las contradicciones sociales y económicas intrínsecas al modo de producción capitalista.

Los economistas clásicos pensaron, en general, en términos de armonía de intereses entre los diversos sectores de la sociedad, aunque concibieron cierto conflicto entre terratenientes y la incipiente burguesía industrial.

Para Marx, sin embargo, el conflicto se convirtió en el centro del análisis, y concibió la vida económica en relación a la lucha de clases. Los clásicos trataron de comprender cómo funcionaba el sistema, con el fin de que lo hiciera mejor. Marx, por el contrario, pretendió explicar sus contradicciones en aras de acelerar su caída a través de la revolución.

Marx continuó desarrollando la teoría del valor-trabajo de Ricardo, consiguiendo un mayor rigor en la elaboración de determinados conceptos y, aunque se refiere a una realidad históricamente determinada, utiliza un método abstracto y puro. No se dedicó, sin embargo, a la especulación teórica sin más, sino que se preocupó por el conocimiento histórico y empírico.

En síntesis, Marx asumió los instrumentos de los economistas clásicos, que eran en aquel entonces los pertenecientes al análisis económico

generalmente aceptado, y los utilizó para llegar a conclusiones muy diferentes. La principal fue el origen del beneficio, a partir de la noción de plusvalía, que Engels consideró como el principal descubrimiento de Marx en economía.

La producción de *plusvalía* es la fuente de ganancia del capitalismo industrial, que se origina en el proceso de producción y de transformación de las mercancías, y no en el intercambio. La plusvalía es el trabajo excedente, es decir, el tiempo de trabajo que supera al requerido por el trabajador para producir los bienes que satisfagan sus necesidades. El punto básico es que el capitalismo hace trabajar al obrero más tiempo del que éste necesita para mantenerse y reproducirse. Por eso, Marx se refiere a la extracción del trabajo excedente en las sociedades de clases como la explotación del trabajo.

Por su importancia, las teorías de la explotación y el valor-trabajo son los cimientos del edificio de la economía marxista. De hecho, para que exista la plusvalía se debe atribuir una función al trabajo en la producción social: constituye la única actividad productiva, de forma que sólo el trabajo crea valor. Marx hizo una distinción entre capital constante y variable. El primero lo definió como una parte del capital que se transforma en medios de producción, es decir, materias primas, auxiliares y medios de trabajo, y que no modifica la magnitud del valor en el proceso de producción, aunque, eso sí, transfiere valor. El segundo es el que se convierte en fuerza de trabajo (pagos en salarios) y cambia su valor en el proceso de producción. Reproduce su equivalente y un excedente por encima del mismo, la plusvalía, que a su vez puede variar, puede ser mayor o menor. Esta plusvalía producida por el trabajador es apropiada por los capitalistas: ésta es la esencia de la existencia de explotación en el capitalismo. La posición en la jerarquía de poder, nacida de la propiedad de los medios de producción permitía a los capitalistas exigir una jornada de trabajo que excedía el tiempo de trabajo necesario, y apropiarse del valor creado durante el tiempo de trabajo excedentario.

El beneficio, por lo tanto, no era una categoría que tuviera sus raíces en el orden natural de las cosas, sino que era un excedente propio de una etapa particular de una sociedad de clases como era el capitalismo. La ganancia nacía de una explotación que venía dada por la diferencia entre el valor del trabajo y el producto de éste. De ahí se derivaba un antagonismo de clase entre los que recibían y producían plusvalía, que en la historia del capitalismo ha sido mucho más importante que el antagonismo que expuso Ricardo entre los terratenientes y los capitalistas.

La fuerza de trabajo que producía el excedente era una mercancía, que se compraba y vendía en el mercado de trabajo bajo unas condiciones históricas: por una parte, la existencia de un proletariado sin bienes y sin otros medios de vida, que no tenía otra cosa que vender que su fuerza de trabajo y, por otra parte, una clase propietaria, que compra esa fuerza de trabajo para que se pongan en funcionamiento los medios de producción y se produzca plusvalía, pues el fin del capital es obtener una ganancia.

El capital, para poder seguir obteniendo esa ganancia, debe ser invertido de nuevo, lo que da origen a un proceso de crecimiento que motiva la ley de la acumulación capitalista. La expansión continuada de la acumulación capitalista genera una oleada de innovaciones y avances en el crecimiento de la producción; pero se encuentra sometida a interrupciones derivadas de la aparición de las crisis económicas. No es, por tanto, un proceso de

acumulación continuo, uniforme y progresivo, sino que está sujeto a ciclos, limitaciones, restricciones y contradicciones.

2.4.2. Las tendencias del capitalismo

El análisis económico de Marx considera que la acumulación conduce a una concentración y centralización del capital, al tiempo que se mantiene un ejército industrial de reserva, de parados, y que, como resultado de la acumulación, disminuye la tasa de ganancia. Estas tres tendencias constituyen la base sobre la que se asienta el funcionamiento de la acumulación capitalista.

Uno de los aspectos más importantes del análisis marxiano de la acumulación es el relieve que se concede a la concentración y centralización del capital. A la expansión de la escala de la producción a través de los capitales individuales, Marx la denomina concentración del capital. La centralización la entiende como ampliación de la escala productiva a través de las fusiones y adquisiciones. La tendencia a la concentración se ligaba a los cambios y progresos tecnológicos, promovidos por los capitalistas por el deseo de conseguir una mayor productividad del trabajo, bajo la presión de la competencia entre ellos mismos. A su vez, la absorción de las empresas más pequeñas por las más grandes, y la fusión de varias en un complejo empresarial único, conducían a una centralización cada vez mayor de los poderes de control y decisión en el campo económico.

Pero otras tendencias también se daban en el capitalismo, como eran el paro y el subempleo. La sustitución del trabajo por la máquina y la desaparición de actividades precapitalistas alimentaban el ejército industrial de reserva. Este ejército de parados y subempleados (en un mercado de trabajo competitivo, y no organizado) era el principal regulador de los salarios. Los salarios, que se mantenían al nivel de subsistencia convencionalmente aceptado en una determinada época y país, no obstante podían variar según la acumulación, y por la expansión y la concentración del ejército industrial de reserva. El comportamiento cíclico del empleo, los salarios y los beneficios se producía de la siguiente manera: el empleo crece en los años de auge de inversiones, con la consiguiente tendencia al aumento de los salarios a costa de los beneficios. Esta fase expansiva se acaba cuando la presión sobre los beneficios hace disminuir el ritmo de las inversiones, aumentando el ejército industrial de reserva hasta llegar más o menos al nivel del salario real de subsistencia, de modo que pueda reanudarse nuevamente la acumulación a un ritmo más sostenido.

La otra tendencia, que ha sido objeto de muchas discusiones, es la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia. Para Marx, la acumulación es la esencia del capitalismo: "acumular, acumular: es la palabra de Moisés y los profetas". Pero ésta tiene sus límites: el propio capital. La acumulación capitalista se encuentra motivada por la rentabilidad, pero, según Marx, ella misma la reduce progresivamente. La caída de la rentabilidad está provocada por el aumento del capital constante y, dentro de los elementos que componen éste, fundamentalmente por el capital fijo. La progresiva mecanización, que es lo que determina el alza del capital fijo, es la respuesta que cada capitalista, individualmente, tiene que dar a la intensa competencia con otros capitalistas y a la necesidad del incremento de la productividad del trabajo como medio de contrarrestar las mejoras salariales y de reducción de la jornada de trabajo que

la clase trabajadora va consiguiendo. El capital constante crece más deprisa que el variable, lo que influye sobre la tasa media de ganancia, que tiende hacia el descenso.

Marx, al igual que los economistas clásicos, admite el descenso de la tasa de ganancia, aunque con explicaciones diferentes. Smith lo atribuía a la competencia de capitales que entraban cada vez en mayor número en la producción industrial. Ricardo a los rendimientos decrecientes de la agricultura y al consiguiente coste creciente de los productos alimenticios en relación al aumento natural de la población, mientras que Marx lo planteó en el propio desarrollo de la acumulación del capital.

La contribución de Marx ha sido muy influyente en los medios académicos, pero fundamentalmente en los movimientos obreros de los diferentes países, que encontraron en su obra una aportación teórica fundamental para luchar contra el capitalismo. Ha sido mucha la controversia que se ha desatado en torno a su obra, principalmente en cuestiones tales como la teoría del valor, el problema de la transformación de los valores en precios, y sobre la caída tendencial de la tasa de beneficios; pero de lo que no cabe ninguna duda es de que Marx, luchando contra el capitalismo, logró explicar su funcionamiento de un modo bastante adecuado, y que sigue válido hoy en día para entender en muchos aspectos el capitalismo moderno.

FERRUCCI, RICARDO.
POLÍTICA ECONÓMICA
EDITORIAL MACCHI. BUENOS AIRES, 1991.

2. Las fuentes de filosofía económica en los países desarrollados.

2.1 Los Clásicos

Las ideas originarias del modelo liberal corresponden a la llamada escuela clásica, principalmente Adam Smith y David Ricardo. Estos autores vivieron la etapa de la afirmación del sistema de producción capitalista en Inglaterra, y vieron con claridad la superioridad del mismo sobre los sistemas de producción anteriores. Desde el punto de vista político, se inspiraron en las teorías contractualistas y liberales de Hobbes y Locke, y profundizaron la aplicación del derecho natural a la economía, que fuera comenzada por los economistas de la fisiocracia. Tuvieron, en este sentido el gran mérito de sentar las bases teóricas, y brindar la argumentación pragmática, en pro del orden económico naciente.

Los ideales de libertad, democracia y justicia adquirieron gran significación en las argumentaciones de los clásicos. Si de lo que se trataba era de destruir un orden anacrónico, injusto y opuesto a las "leyes naturales", se debía plantear al nuevo orden como surgiendo de la naturaleza humana, y su establecimiento como una necesidad ineludible. De tal manera, construyeron un sistema basado en criterios gnoseológicos deductivos, siendo sus hipótesis básicas el "egoísmo individual" y la "libertad". El Estado debía obrar de manera de "gendarme" o sea garantizando las condiciones necesarias para que el egoísmo y la libertad pudieran desenvolverse. El resultado sería el estímulo a

la iniciativa individual, y se constituiría en el fundamento de la sociedad y de su evolución.

Esta concepción fue, por otra parte, ahistórica, ya que se planteó con independencia del grado de desarrollo alcanzado por cada economía. Así, dentro del esquema clásico, la historia económica de la humanidad, apareció como una búsqueda a ciegas de las leyes naturales por ellos descubiertas. En otras palabras el sistema de producción capitalista se desprendía de leyes eternas e inmutables, insitas en la naturaleza humana, y sólo la ignorancia de los hombres impidieron que se materializara con anterioridad.

El desarrollo económico fue concebido por Adam Smith en base a la extensión, en una sociedad determinada, de la división del trabajo. La división del trabajo ampliaba la productividad del mismo. No obstante, se mencionó que tenía un límite dado por la extensión del mercado. Esta división del trabajo, se concibió como división técnica (dentro de una empresa) y división social (para toda la sociedad), y tenía la particularidad de conducir el análisis económico preferentemente a la esfera de la producción.

David Ricardo analizó, también, la esfera de la distribución, pero jerarquizándola dentro de un marco donde la esfera de la producción (en base a la teoría del valor-trabajo, que mencionaremos de inmediato), era la determinante. Las retribuciones de los factores de producción (tierra, trabajo y capital), fueron concebidas como interdependientes y sin límites de precios. Era posible el avance relativo de una retribución sobre el ingreso total, a condición de que se produjera una disminución en la participación relativa de cualquiera de las otras dos. Analizando empíricamente la tendencia de cada uno de los tres ingresos en su época y país, llegó a la conclusión de que, dinámicamente, la renta de la tierra tendía a aumentar, los salarios a permanecer constantes y los beneficios a disminuir.

El tema de la libertad, concebido en su origen como premisa de análisis, se convirtió con el desarrollo de la teoría en el pilar de la política económica propugnada. Sólo mediante la libertad de trabajo y de empresa, era posible lograr el equilibrio natural entre los factores de la producción y el pleno empleo de los mismos. Sólo mediante el libre comercio era posible lograr la identificación entre “precio natural” (o valor expresado a través de la cantidad de trabajo incorporado) y “precio de mercado” (o valor de cambio expresado a través de la cantidad de dinero obtenida en el mercado) de los productos; y la evolución armónica de todos los sectores en base a la movilidad del capital provocada por la disparidad de las tasas de ganancia. Por último, sólo mediante la libertad en el comercio internacional, los países podían optimizar en la utilización de su dotación de factores productivos.

Las ideas de la escuela clásica, tuvieron la particularidad de ligar la profundización científica de la ciencia económica con las necesidades del desarrollo de las fuerzas productivas en el entorno estructural que se desarrollaron. Esto es lo que ocurrió con la teoría de los costos comparados, la teoría del valor y la teoría de la renta diferencial.

La teoría de los costos comparados establecía que cada país debía especializarse en la producción de aquellos productos para los cuales estaba naturalmente dotado. De esta forma se daba el espaldarazo a la pujante industria inglesa, en detrimento de un sector agropecuario con sensibles desventajas comparativas, y que había necesitado de la protección arancelaria

para subsistir. Al liberarse el comercio exterior, la economía arribaría a un equilibrio natural entre los sectores internos.

La teoría objetiva del valor, afirmaba que el valor económico surgía del trabajo (y no de la tierra como afirmara la fisiocracia, o del superávit de la balanza comercial, como afirmara el mercantilismo), fundamentalmente del trabajo aplicado a la transformación de los productos que la naturaleza brindaba. Se jerarquizaba de esta manera el esfuerzo del hombre destinado a la modificación del determinismo natural. Esta idea fue una importante arma ideológica en la lucha contra la clase terrateniente y los resabios feudales, y fortaleció en una primera etapa la situación del sector industrial, bajo la hegemonía de la burguesía.

Debe destacarse que con el correr de los años, y una vez que el sistema capitalista se hubo afirmado, la teoría presentó características críticas, ya que fue la puerta de entrada de las concepciones de la lucha de clases de las filosofías esencialistas.

La teoría del valor –trabajo, se complementó, a su vez, con la teoría ricardiana de la renta diferencial, que establecía que la renta de la tierra surgía de ventajas de localización, y no de una intrínseca de la tierra misma. Esta teoría relegaba a las clases propietarias agrarias a un papel de apropiadores de la riqueza generada principalmente por el factor trabajo de las actividades transformadoras.

La aplicación de estas teorías a la estructura económica, significaron un aporte sustancial en el camino de la desaparición del sistema de producción feudal, y de la construcción del sistema de producción capitalista.

Más concretamente, se apuntó a la destrucción de todos aquellos obstáculos, que dificultaban la acción del sistema de producción surgente. Frente al “trabajador siervo” y los gremios artesanales del período anterior se sostuvo la necesidad del “trabajador libre”, con libertad de contratación y movilidad geográfica. Frente a las aduanas internas y externas, que dificultaban la movilidad de los factores de la producción y protegían la ineficiencia productiva, se adujo la conveniencia de la libertad de comercio tanto en lo interno como en lo externo. Frente al taller artesanal de reducida dimensión, y reducido radio de acción, se opuso la empresa capitalista, basada en la división del trabajo, produciendo para el mercado, y en función de la ganancia. Este proceso se repite a nivel de las explotaciones agropecuarias, donde mediante diversos procedimientos se planteó transformar las pequeñas exportaciones de autoconsumo, en explotaciones de mayores dimensiones que produjeran con técnicas nuevas y para el mercado.

Las ideas de los clásicos significaron en resumen, un apoyo teórico fundamental, que fortaleció el desarrollo espontáneo del sistema de producción capitalista. Significaron también, la consolidación de un bloque entre las clases industriales, destinado a destronar a los grandes terratenientes de sus posiciones de fuerza, que le permitieran afirmar durante siglos el sistema de producción feudal.

2.2 Discípulos de los Clásicos

La filosofía económica liberal, enunciada en sus principios fundamentales al comienzo del siglo XIX ha sufrido numerosas modificaciones hasta el

presente. Estas modificaciones han sido motivadas por dos causas fundamentales:

- a) La necesidad de adaptar su enunciación a la nueva estructura social que se fue conformando.
- b) La necesidad de adaptar su enunciación al resto de las transformaciones del sistema de producción capitalista.

En el caso a, nos referimos a la pérdida de status político de las clases terratenientes, y al mismo tiempo, el fortalecimiento de las clases industriales. En este sentido, la transformación se operó fundamentalmente a través de la teoría del valor. Se abandonó la teoría del valor trabajo y se restó importancia a la teoría de la renta diferencial.

En el caso b, nos referimos básicamente a la transformación del sistema concurrencial de “competencia perfecta”, en “competencia monopólica”, operada a partir de la séptima década del siglo XIX, que significó el ingreso a una etapa diferenciada del sistema de producción capitalista, aunque no la modificación de sus atributos esenciales.

La filosofía económica liberal trató de adaptarse a estas modificaciones, sin perder de vista los objetivos básicos enunciados por la escuela clásica: principalmente la libre concurrencia a nivel nacional e internacional, y la preservación de la iniciativa privada, como motor fundamental de la actividad económica, dentro del entorno del sistema de producción capitalista.

Las líneas conducentes de esta transformación comenzaron con una serie de autores que se identifican habitualmente con la denominación de “Discípulos de los clásicos”.

Correspondieron a una etapa histórica que transcurrió entre 1800 y 1850. Sus principales representantes fueron Thomas Malthus y Juan B. Say.

Malthus reemplazó la teoría smithiana sobre el crecimiento de la riqueza que, como vimos, se basaba en la división del trabajo y la renovación tecnológica, por una teoría pesimista sobre la evolución de la riqueza y el futuro de la humanidad. Así, mientras la población continuara creciendo sin tener en cuenta la disponibilidad de alimentos y la fertilidad de la tierra, no había división del trabajo ni renovación tecnológica capaz de impedir el oscuro destino de la humanidad. La “salvación” de la humanidad, sólo podía obtenerse mediante ciertos “males necesarios”: la guerra, el hambre, la miseria y el celibato.

Los salarios pagados, si eran más elevados que el mero nivel de subsistencia, favorecían una tal evolución de la población. De tal manera, las clases “bajas” aparecen en su obra como responsables de las miserias sociales. Por otra parte, la “crisis” hizo su interrupción en el marco teórico explicativo del sistema capitalista y el evitarlas, aún con medios indicativos como los expuestos, se convirtió en un objetivo de la política económica. Malthus adhirió, además, al origen trinitario del valor (tierra, trabajo y capital), abandonando por tanto las teorías del valor trabajo y de la renta diferencial.

J.B. Say separó las etapas del proceso productivo (producción, distribución y cambio), con lo cual se desarticuló la interrelación puesta de manifiesto por los clásicos: la producción dependía de leyes naturales, mientras que el cambio lo determinaba la distribución y dependía de la voluntad de las personas. Este es otro paso de importancia hacia el abandono de la teoría objetiva del valor. Además, no existía ninguna vinculación entre la retribución a

los tres factores de producción: cada uno realizaba un “servicio”, por el cual recibía un “ingreso”.

El autor sostuvo la imposibilidad de que se produzcan crisis en la economía capitalista, por cuanto “toda oferta crea su propio consumo”. De esta manera puso de relieve que en una economía donde está garantizada la libertad económica, los desequilibrios sólo pueden ser parciales o temporarios y que el libre juego de las fuerzas de mercado, garantizará el retorno al equilibrio.

A través de las pocas ideas que llevamos expresadas, concluimos que los continuadores, han modificado el entorno ideológico clásico en ciertos aspectos esenciales: la rigurosidad del método, la teoría del desarrollo, la teoría del valor, etc. No obstante ha permanecido inalterada su adhesión ahistórica al sistema de producción capitalista, y al liberalismo económico como medio de obtener los equilibrios naturales fundamentales.

2.3. El Marginalismo

El marginalismo comprende un conjunto de autores que continuaron desarrollando la línea analítica clásica a partir de 1860 y hasta las primeras décadas de este siglo. Existieron tres ramas diferenciadas según nos refieren los historiadores del pensamiento económico. La escuela Austríaca (Carl Menger, Carl Wieser y Eugen Böhm Bawerk), la escuela Lausana (August Walras y Wilfredo Pareto) y la Escuela Americana (John Bates Clark). La más importante, en virtud de la originalidad de su pensamiento fue la Austríaca.

Estos autores deben considerarse dentro del tronco liberal, por cuanto continuaron planteando la deseabilidad de la libertad (prescindencia del Estado), y el egoísmo individual como motores de la actividad económica. Sin embargo, presentaron marcada diferencia con sus predecesores, principalmente con la Escuela Clásica. A los efectos de nuestro trabajo los resumiremos en dos aspectos esenciales.

- a) La adscripción a una teoría subjetiva del valor.
- b) La adopción de un enfoque microeconómico de análisis.

El primer aspecto significaba que para estos autores el valor económico de cada bien era determinado por la “utilidad marginal” del mismo. O sea, por la apreciación que cada demandante realizara de la última unidad que adquiriera en el mercado. De esa forma los bienes económicos eran tales en función de su utilidad, y su precio quedaba establecido por la escasez relativa, expresada a través de la oferta y la demanda en cada mercado.

Este nuevo enfoque suponía la primacía de la circulación y el consumo sobre la producción, o de otra manera el desplazamiento del “lente económico” de la esfera de la producción, tal como lo habían querido los clásicos. La ciencia económica pasó a ocuparse, no de cómo se producen los bienes, sino de cómo se intercambian y consumen. Los bienes parecían arribar al mercado sin un valor económico preexistente, siendo este último creado por la mente de los individuos. En la puja entre las apreciaciones subjetivas de oferentes y demandantes, se determinaba el precio de negociación.

El segundo aspecto significó el reemplazo en la economía política de la problemática social (relaciones entre los hombres), por la problemática

individual (relaciones de los hombres con los bienes económicos). Comenzó la vigencia del “robinsonismo” y del “ceteris paribus”, ya que estos autores plantearon sus enunciados económicos pensando en hombres aislados, independientes de su medio social.

Los temas claves del marginalismo, se refirieron al equilibrio de la empresa, a la determinación del valor de los bienes finales, y de los insumos que lo componen, etc. Se introdujo con estos objetivos un importante instrumental matemático, en auxilio de la teoría, discutiéndose por su intermedio problemas como: la medición de la utilidad marginal, la optimización de la posición del consumidor, de la empresa, etc. El enfoque macroeconómico, de esta manera fue reemplazado por el microeconómico, y la Economía abandonó sus proyecciones totalizadoras, sociales e históricas.

Los principios básicos del liberalismo económico, permanecieron, sin embargo, incólumes.

2.4. El Neoclasicismo

Hacia 1900 comenzó un replanteo de la filosofía liberal, por sus propios partidarios, en virtud de las simplificaciones y limitaciones de los planteos de los discípulos de los clásicos y marginalistas, cada vez más alejados de la realidad empírica.

Un primer grupo de problemas fue planteado por Knut Wicksell. Este autor llegó a la conclusión de que los fenómenos monetarios no eran solamente un “velo” del mercado real, como habían planteado los continuadores y más específicamente Say. En ciertas circunstancias, los fenómenos monetarios actuaban por sí solos como desequilibrantes del mercado real, pudiendo ser estos desequilibrios acumulativos. A fin de solucionarlos, se debía implementar una política monetaria y bancaria en consecuencia. La política monetaria jugaba en este caso un importante papel, lo cual se contradecía con los principios clásicos del equilibrio automático y el Estado gendarme.

Alfred Marshall sin abdicar de los principios básicos del liberalismo, planteó modificaciones sustanciales a los planteos marginalistas y ricardianos. El valor, dijo, depende tanto de la “utilidad marginal” como del “costo de producción”. Si bien era posible que a corto plazo la utilidad marginal predominara, a largo plazo el valor de los bienes tendía a su costo de producción. Por esta vía, comenzó el retorno hacia los problemas objetivos en la Economía Política: los gustos y las utilidades coexistieron de aquí en más, con categorías más realistas: costos fijos, variables, medios y marginales.

Los neoclásicos hicieron jugar un papel importante al “tiempo” en sus teorías, elemento que en función del “ajuste automático” clásico y marginalista siempre fuera subestimado. Efectivamente, para estos últimos, el sistema económico estaba siempre en equilibrio, y las perturbaciones emergentes eran neutralizadas de inmediato por los mecanismos compensatorios. La realidad de las coyunturas económicas indicaba cada vez con más frecuencia, que la actividad económica no se equilibraba automáticamente, sino más bien que evoluciona en forma cíclica. Algunos autores liberales como Rosenstein Rodan y F. Knight, jerarquizaron la existencia de “retardos” en los ajustes. Otros autores, como J. Timbergen y M. Ezechiel plantearon que no necesariamente todo desequilibrio tendía a reequilibrarse. Otros más, comenzaron a esbozar teorías liberales sobre los ciclos y la forma de solucionarlos, como en el caso

de F. Hayek y R. Hawtrey. Por último, algunos autores neoclásicos como J. Schumpeter esbozaron, desde la óptica liberal, una teoría sobre la “dinámica económica”, o sea la forma en que el sistema se desplazaba de una situación de equilibrio a otra. En todos estos casos quedaba claro que el principio de los clásicos sobre el equilibrio automático, y de J.B. Say sobre la ley de mercados, iba siendo progresivamente abandonado por los nuevos liberales.

Los neoclásicos discutieron también la “psicología hedonista”, que estaba implícita en el modelo clásico, y que persistió en el marginalismo. El “*homo economicus*” clásico era un ser absolutamente racional, mientras que en la práctica cotidiana predominaban las irracionalidades propias de un ser libre. Lo que los neoclásicos plantearon, fue separar la ciencia económica de la psicología, estudiar las actitudes humanas, tal como eran, con irracionalidades y desórdenes, destinadas a la obtención del máximo de bienes con un ingreso dado. En última instancia, admitieron lo irracional, pero pensaron que esto también “es una forma de racionalidad”.

Otra modificación importante realizada por los neoclásicos, se refirió a la noción de “bienestar”. Para los clásicos y marginalistas existía armonía y adicionalidad entre los beneficios individuales y el bienestar comunitario. De tal manera sólo bastaba con dejar actuar en libre competencia a los egoísmos individuales. Esta idea estaba claramente implícita en la noción smithiana sobre la “wealth” (riqueza). Cuanto mayor fuera el nivel de producción de una sociedad (en función de la división del trabajo y la extensión del mercado), mayor sería correlativamente su bienestar. Los neoclásicos opusieron a la teoría de la “wealth”, la teoría del “welfare” (bienestar). En esta concepción, la “wealth” era un aspecto que correspondía a la esfera de la producción, mientras que le “welfare” correspondía, conjuntamente, a las esferas de la producción y distribución. Para los teóricos del “welfare”, por ejemplo Cecil Pigou, el bienestar aumentaba no sólo cuando aumentaba el ingreso disponible, sino cuando éste se distribuía de manera más equitativa. Para lograr este segundo objetivo, los neoclásicos se mostraron favorables a la implementación de una política fiscal redistribucionista, aunque cuidaron de no afectar sensiblemente la propiedad privada y la libre iniciativa.

Estas fueron sucintamente las novedades teóricas aportadas por los liberales, en el período inmediato anterior a la gran crisis de 1930. Una adaptación a las modificaciones sufridas por la estructura económica, y la creación de un nuevo instrumental para comprender su evolución coyuntural. Su adhesión a los principios filosóficos básicos, sin embargo, permaneció en lo fundamental.

2.5. El liberalismo en la postguerra

Hay una diferencia esencial entre el liberalismo anterior a la Gran Crisis y el liberalismo de postguerra: el primero fue más académico y teórico, el segundo fue más político y filosófico.

El liberalismo pre- crisis se desarrolló en medios universitarios, con un alto nivel técnico, y concentrado en problemas específicos. El liberalismo era entonces el “paradigma” de su tiempo. En cambio, el liberalismo posterior a la Gran Crisis, y más particularmente posterior a la Segunda Guerra Mundial, se desarrolló en el medio adverso correspondiente al “paradigma” keynesiano. En este período predominaron, en los países capitalistas desarrollados, las

ideas económicas reformistas e intervencionistas, con base en la “Teoría General” de Keynes, y habían extendido su influencia las ideas colectivistas al amparo del avance geográfico de los países socialistas.

En este ambiente ideológico enrarecido, el liberalismo orientó su artillería de los problemas teóricos y académicos, a los problemas más generales de la concepción filosófica del hombre, y las perspectivas estratégicas de la sociedad.

Esta fue la razón de ser del agrupamiento de teóricos liberales como el “Coloquio “alter Lippman” o las “Reuniones de Mont Pellerín”. Si hubiera que encontrar un común denominador de las distintas concepciones, éste sería el siguiente:

a) Se englobó en el mismo haz al reformismo de raíz keynesiana y al colectivismo.

b) Se criticó a ambos como conducentes al mismo fin: la supeditación de la libertad individual a la voluntad estatal, y la destrucción del sistema concurrencial, como mecanismo de asignación de bienes e ingresos.

Algunas ideas más específicas sobre las concepciones de la escuela en esta etapa, resultan como sigue:

El sistema capitalista, admitieron, tiene importantes defectos, pero el mismo ha permitido el desarrollo de la humanidad, y la mejora de los niveles de bienestar. Por otra parte muchos de los defectos que se le atribuyen provenían fundamentalmente de las intervenciones estatales sobre los mercados. Para L. Robbins y J. Ruelf, por ejemplo, la gravedad y duración de la crisis de 1930, se debieron a la intervención del Estado, pretendiendo solucionarla. Lo propio había afirmado C. Pigou, quien responsabilizara de la Gran Crisis a su rigidez respecto a la baja de salarios nominales.

El liberalismo económico fue planteado cada vez más como una precondition de la libertad humana. No se podía pretender que el hombre fuera totalmente libre, si no vivía en un mundo de libre concurrencia. Por otra parte el liberalismo económico facilitaba el acceso a las verdaderas “élites” a las posiciones de poder.

Una de las ideas con que más ha machacado el liberalismo de postguerra, fue la identificación del reformismo político y del intervencionismo económico con el socialismo. Esta idea fue terminante en la famosa frase de J. Ruelf: “Sed liberales o socialistas pero no mentirosos”. Detrás de esta concepción se encontraba la descalificación por parte de los liberales de todos los programas reformistas implementados.

Descalificado el intervencionismo, los liberales libraron una batalla frontal contra el socialismo. Utilizaron para ello argumentos filosóficos y económicos. Dentro de los primeros son de mencionar las críticas a: a) la identificación de la libertad con la liberación de la miseria; b) la identificación del estatismo con la libertad; c) la identificación de la planificación con la racionalidad. Dentro de los segundos, se encuentra la conocida argumentación de Von Mises contra el socialismo. Este es imposible, dijo por cuanto la desaparición del sistema de precios, expresión de la puja entre la oferta y la demanda, no permite realizar el cálculo económico ni la asignación de recursos.

Por último, debe destacarse que los liberales de postguerra aceptaron algunas ideas intervencionistas, pero siempre encuadradas dentro de su esquema general: a) las propias del “Estado Gendarme”; b) las medidas contra

los monopolios; c) las necesarias para encarar una economía de guerra; d) las necesarias para mantener la competencia. Estas concepciones fueron más frecuentes en los liberales ingleses, J. Meade, R Ardo y L. Robbins entre ellos, quienes se habían desarrollado en un mundo donde las ideas keynesianas eran moneda corriente.

2.6. El liberalismo en la década del '80

Las vertientes contemporáneas del liberalismo, fueron básicamente dos: el "Monetarismo" y el "Expectativismo". Veamos las ideas más trascendentes de cada una de estas dos escuelas.

Los principales representantes del "*Monetarismo*", pertenecían a la llamada "Escuela de Chicago", por haber desarrollado buena parte de su actividad económica en esta Universidad norteamericana. Entre ellos Milton Friedman, Ana Schwarz, Allan Meltzer, Phillip Cagan y Karl Brunner. El principal representante por la originalidad de sus ideas fue Milton Friedman.

Los monetaristas plantearon la preeminencia de la política monetaria sobre la fiscal, a los efectos de actuar sobre la producción y los precios, los dos principales objetivos de la política contemporánea.

Así, para Friedman y Schwarz el error principal de la política de contención de la crisis en Estados Unidos de la década del '30, debía encontrarse en la acción de la Reserva Federal (Banco Central norteamericano), que no hizo nada para evitar la caída de muchos bancos y el crecimiento de la moneda. Esta crítica difiere no sólo de la keynesiana (se trató de mantener los presupuestos estatales equilibrados) sino también de la de los ortodoxos (existieron trabas institucionales).

La proposición del monetarismo fue que el dinero era extraordinariamente importante para la economía, y la política monetaria la de mayor trascendencia.

La cantidad de dinero era fundamental para determinar la tasa de inflación y el nivel de la actividad económica. Existía en el corto plazo una relación inversa entre ambas variables y la creación de dinero. Así, un aumento exagerado en la creación de dinero debía asociarse, para Friedman, con expansión de la demanda de bienes e inflación. En el otro extremo, una baja importante en la creación de dinero debía vincularse con la baja de demanda y con deflación.

De lo anterior se desprendía, en primer lugar, que para evitar que se produjera una situación inflacionaria había que crear dinero en función de las necesidades de la economía, porque hacerlo a una tasa mayor no producía mayor producción, como en el planteo keynesiano, sino inflación. Además la tasa de creación de dinero debía ajustarse a una "norma", ya que la creación errática favorecía el aumento de los precios.

La segunda conclusión fue que para enfrentar una inflación, la política económica podía hacer dos cosas: a) enfrentarla mediante una política monetaria activa, b) dejar librada su solución al mercado. En el caso a la política económica debía restringir la creación de dinero, lo que operaba disminuyendo el nivel de la actividad económica y con el tiempo bajando la tasa de inflación. Friedman mencionó que estos retardos podían ser largos (de 6 meses a 2 años) y variables (en función de diversas consideraciones materiales y psicológicas). En función de lo anterior, el autor prefirió la política b, ya que el retardo, podría convertir, a la larga, a la misma en

desestabilizadora. Lo mejor que podía hacer la política económica era hacer crecer muy lentamente y a tasa constante la oferta monetaria. Debía evitar las políticas discrecionales, y dejar actuar a las fuerzas de mercado. Las causas más importantes de las fluctuaciones económicas, surgían de la aplicación de políticas económicas discrecionales.

Como resumen del monetarismo, se puede afirmar lo siguiente: A) la necesidad de controlar ajustadamente el crecimiento de la oferta monetaria en función del crecimiento de la actividad económica. B) Este crecimiento debía ajustarse a una regla por todos conocida. C) Era preferible dejar al mercado la solución de las fluctuaciones. D) La estabilidad era más importante que el pleno empleo. E) La política monetaria era más importante que la política fiscal.

A principios de la década del '70, surgió el "*Expectativismo*", como intento de dar respuesta a muchos fenómenos macroeconómicos de corto plazo, hasta entonces de difícil explicación. El monetarismo había planteado, como vimos, que la inflación dependía de la creación de dinero pero no tenía una respuesta de por qué, disminuyendo la misma, la estabilidad se obtenía con "retardos largos y variables". El expectativismo "explicó" esta falta de correspondencia haciendo jugar un papel preponderante a los aspectos psicológicos de los operadores a través de sus expectativas respecto al futuro.

Los autores más importantes de esta escuela fueron Robert Lucas de la Universidad norteamericana de Chicago y Thomas Sargent y Neil Wallace de la Universidad de Minnesota. Plantearon que los operadores eran individuos racionales, que poseían tanta información como los hacedores de la política económica y no cometían el "error sistemático" de obrar como ésta quería que obraran. Si la política económica creaba menos dinero, pero todo lo hacía suponer que crearía más dinero en el corto plazo, la tasa no bajaría. Si frente a una depresión se bajaban las tasas impositivas, pero todo hacía suponer que se aumentarían cuando la actividad se recuperara, los operadores no aumentarían su nivel de actividad. Lo propio podía decirse de los salarios, al menos cuando éstos se fijaban por largos períodos. Los asalariados intentarían que se definieran en niveles que compensaran la inflación esperada.

Lo anterior significaba que los principales aspectos económicos, inflación, nivel de actividad, nivel de salarios, etc, no podían afectarse a través de la política económica, salvo que estas acciones fueran inesperadas y/o creídas por los agentes económicos. En general, en este esquema, la política económica carecía de eficacia porque era anticipada por los agentes. Lo mejor que podía hacer una política económica era tratar de actuar sobre las expectativas siendo creíble, o en su defecto no hacer nada.

Lo anterior era particularmente importante para lograr la estabilidad monetaria. Frente a la política gradualista de ir reduciendo la creación de dinero como los monetaristas, los expectativistas preferían una política de choque, por su mayor efecto y menor costo. En efecto, bastaría con que el Estado anunciara que bajaría la inflación, y aplicara una política monetaria y fiscal coherente con ese objetivo, para que la inflación bajara. Dentro de la "política coherente", se incluían preferentemente compromisos institucionales sobre el equilibrio presupuestario, fijar una regla de emisión monetaria, etc.

La diferencia con los monetaristas estaba dada porque éstos pensaban que las "expectativas podían ser sistemáticamente erróneas", y creían sólo en la reducción de la emisión como única manera de lograr la estabilidad. Las coincidencias estaban dadas por el lado de que ambas escuelas pensaban en

la validez de una regla monetaria, y descreían en buena medida de una política económica activa. En última instancia los mecanismos de mercado, aunque con matices, seguían siendo los principales actores para solucionar los problemas de coyuntura.

2.7. La crítica del modelo liberal en los países desarrollados.

A través de todo el desarrollo precedente, se han pretendido esbozar los distintos cauces a través de los cuales se ha desarrollado la filosofía económica liberal. Muchas modificaciones ha sufrido el modelo originario desde que, en los albores de la Revolución Industrial, los primeros clásicos plantearon una filosofía acorde con el sistema de producción capitalista en afirmación. Su monopolio ideológico durante todo el siglo pasado y principios del presente, debe vincularse como ya se expresara, con las características de la estructura económica y su evolución coyuntural vigente por entonces. En aquella época predominaba, como forma concurrencial, la libre competencia, con todas las características que le son propias: atomización, transparencia, libre entrada y salida de los mercados y homogeneidad de los productos. Por esta misma razón, los ciclos económicos se producían espaciada y benignamente, y su resolución no implicaba un alto costo social. En estas circunstancias, el “Estado Gendarme” cumplió su función como árbitro y la política económica prescindente favoreció el impresionante desarrollo de la estructura productiva que se produjo entonces.

Desde fines del siglo pasado esta situación de la estructura y coyuntura económica fue sustancial y sucesivamente modificada. Las condiciones de competencia perfecta fueron desapareciendo una a una, y la coyuntura económica planteó sucesivos ciclos de auges y depresiones que golpearon incesantemente sobre la estructura económica y social. Se ha planteado en este sentido que: a) la economía de nuestro tiempo es cada vez menos concurrencial y los regímenes liberales parecen responsables de ello; el “laissez faire” no asegura la libertad humana ni su bienestar; c) no sirve para explicar las crisis recurrentes, lo que conlleva a un alto costo social y económico; d) ha ayudado a construir una economía muy concentrada funcional, espacial y sectorialmente.

Frente a esta realidad que se fue haciendo cada vez más evidente en este siglo, se han levantado las voces de los partidarios del control económico. No es nuestro objetivo desarrollar en este capítulo un modelo alternativo al liberal, los que se hará posteriormente; solamente enumerar sucintamente los andariveles más importantes de la crítica realizada al mismo en los países desarrollados.

La primera crítica realizada por los partidarios del control, se refirió al hecho de que la libertad no aseguraba el mantenimiento de la competencia perfecta. Favorecida por la implementación de la política económica liberal (prescindencia del Estado), el sistema concurrencial de los países capitalistas desarrollados, se ha transformado de “competencia perfecta” en “competencia imperfecta” o “competencia monopólica”.

Autores como D. Chamberlin, J. Robinson, H. Stackelberg y P. Sraffa, demostraron con incontrastables datos empíricos esta ironía en las décadas del '30 y '40. P. Sraffa demostró que estatendencia surgía de un supuesto que los propios neoclásicos, a través de A. Marshall, habían hecho propio: las

“economías de escala”. Si bien las empresas bajan el costo marginal a medida que extienden la producción, reflexionó, debe necesariamente el sistema tender hacia la acumulación concentrada. J. Robinson y E. Chamberlin analizaron la desaparición, en todo o en parte, de las condiciones de competencia perfecta. A partir de allí, expusieron diversas teorías sobre la formación de los precios en un sistema híbrido, ni competencista ni monopolístico. En definitiva, por distintos caminos se ha arribado a la conclusión de que la libertad tiende al monopolio, y que por tanto existe una contradicción en la frase “libre competencia”.

Un segundo aspecto que se ha criticado del modelo liberal en sus concepciones marginalistas y neoclásicas, es la identificación que realizaron entre ingreso de los factores de la producción y productividad marginal. Según mencionáramos, para los marginalistas cada factor de la producción recibía un ingreso que coincidía con su aporte al valor del producto. La crítica realizada a esta teoría se refirió principalmente a la falta de verificación empírica de esta afirmación. Con respecto al beneficio, al desaparecer las condiciones de competencia perfecta, éste comenzó a estar cada vez más vinculado con la posición concurrencial más o menos monopolista de oferentes y demandantes, en base a relaciones que la teoría del monopolio ha estudiado en profundidad. Con respecto al salario, por su implicancia social, desde mucho antes de la aparición del intervencionismo, comenzó a presentar rigideces a la baja. El mercado de trabajo se fue convirtiendo de más en más, por inducción de la realidad social, en un sistema de monopolio bilateral. Frente a esta realidad la teoría liberal poco explicaba de su formación.

Un tercer grupo de problemas planteado al liberalismo, tuvo su origen en la reivindicación neoclásica de los costos realizada por A. Marshall. La igualdad entre precios y costos no se realizaba espontáneamente, como planteaba la ley de salidas. Ni tampoco, el precio coincidía con el costo marginal, con la frecuencia con que los marginalistas lo afirmaron. Esto se debía a que los liberales no distinguieron claramente (al menos hasta Marshall) entre costos constantes y variables. Mientras los segundos se movían al ritmo del precio, los primeros no. Los críticos del liberalismo descubrieron en esta distinción las razones por las cuales muchas veces la empresa vendía a pérdida (para salvar, al menos parte de sus costos constantes), y por qué existía falta de homogeneidad entre los precios de las empresas (por sus diferentes estructuras de costos).

Donde la crítica al liberalismo se ha hecho más profunda es en las concepciones de los problemas coyunturales, principalmente referidos a las crisis sociales. La prescindencia del Estado Liberal, facilitaba la evolución “natural” de la actividad económica, en el período de la competencia monopolística, con sus marcadas oscilaciones hacia el alza o la baja. El equilibrio económico, en estas circunstancias se convertía en inestable o provisional, produciéndose derroches constantes de productos y factores, y con un alto costo social. El caso de la Gran Crisis es el ejemplo típico que la crítica señala. Frente a las teorías monetarias del ciclo planteadas por los liberales, sus críticos plantearon teorías esencialistas, que lo vinculaban con aspectos reales de la economía. Las teorías del “subconsumo” y las “desproporciones”, son ejemplos válidos en este sentido. En este marco de crítica a la actitud coyuntural del liberalismo, y más exactamente a la actitud frente a la crisis, se desarrolló la concepción coyunturalista de Keynes, con sus vigorosas

recomendaciones en pro del intervencionismo estatal, y la redistribución progresiva del ingreso.

Otro aspecto criticado al liberalismo ha sido su identificación y descalificación del reformismo y el socialismo. De hecho, se ha dicho, han existido los dos sistemas ideológicos y pragmáticos, en forma diferenciada, y ambos han demostrado, al menos, su viabilidad.

Debe mencionarse, además, la crítica que se ha realizado a la identificación entre liberalismo y libertad humana. Se ha afirmado que esta coincidencia no es mecánica, y que por el contrario, la implementación del liberalismo puede conducir a la eliminación de la libertad económica (como se mencionará más arriba) y aún a la consecución de una libertad monopolizada por ciertas élites o clases sociales.

Con respecto al monetarismo, se ha expresado que si bien es cierto que los aspectos monetarios son importantes para delimitar el equilibrio coyuntural, este planteo subestima por completo la ingerencia de los aspectos reales. Por ejemplo no existe una relación directa exclusiva entre oferta monetaria y precios, sino que el deseo de liquidez o monetización, intermedia entre ambos. Tampoco es totalmente cierto, se ha dicho, que las expectativas sean totalmente racionales o anticipen totalmente a la política económica. Si bien ambos aspectos son muy importantes para explicar, por ejemplo la inflación, no son los únicos, y mucho menos anulan toda posibilidad de la política económica.

3. Antecedente del liberalismo contemporáneo en nuestro país.

3.1 El liberalismo puro.

La concepción ideológica predominante a partir de la unificación del país, a mediados del siglo pasado, fue el liberalismo de la escuela clásica. Además de los textos de los autores básicos, se manifestaba su influencia a través del sistema de ideas de la Revolución Francesa y de las que presidieron la independencia de los Estados Unidos de Norteamérica. Desde el punto de vista jurídico: las libertades civiles, la igualdad ante la ley, la forma republicana de gobierno, la representación del pueblo en las autoridades, etc. Desde el punto de vista económico: la libertad de contratación, la libertad de comercio, la desaparición de las aduanas internas, la libre movilidad de los factores productivos, (trabajo y capital) desde y hacia el país, y entre las diversas regiones del mismo. Todo este cuerpo de ideas quedó plasmado en la Constitución de 1853, y se comenzó a poner en práctica en 1859, luego de la unificación del país.

El autor más importante en este período, que podríamos llamar de "liberalismo originario o puro" e inspirador principal de la Constitución de 1853, fue Juan Bautista Alberdi. Sus ideas principales se expresaban en la necesidad de dotar al país de un sistema capitalista de producción. Para ello era necesario poseer población, caminos, ferrocarriles, ríos navegables, etc. En particular, pensaba en la incorporación de la población europea y en la entrada de capitales del mismo origen. A ambos, la Constitución de 1853, y los gobiernos de la época, se esforzaron por darles garantías adecuadas. Los medios de comunicación (ferrocarriles, caminos, ríos navegables), desarrollados al impulso principalmente del capital extranjero, debían servir

para unificar al territorio nacional y desarrollar, en sentido capitalista, la economía.

La participación del Estado en la economía era retenida como decididamente perniciosa en cuanto lesionaba el principio de la ley natural y del equilibrio automático de las fuerzas económicas. Decía Alberdi en "Sistema...": "La Constitución federal argentina, contiene un sistema completo de política económica, en cuanto garantiza por disposiciones terminantes, la libre acción del trabajo, el capital y de la tierra, como principales agentes de la producción, y ratifica la ley natural de equilibrio que preside el fenómeno de la distribución de la riqueza, y encierra en límites discretos y justos los actos que tienen relación con el fenómeno de los consumos públicos". Más adelante agregaba refiriéndose a las características pragmáticas de la Constitución del '53: la ley constitucional argentina, pertenece a la economía aplicada, y es más bien un libro de política económica que de economía política".

De tal manera la Constitución de 1853 (cuya trascendencia económica fue explicada en "Sistema"), que presidió sin atenuantes la política económica del liberalismo originario, fue un instrumento dedicado a defender la esfera privada, y a protegerla de los posibles abusos del sector público. Estas ideas quedaron claras, en "Sistema". Así, el Capítulo II de la primera parte, se dedicó a enunciar los "Derechos garantías protectoras de la producción (privada); y el Capítulo III de la primera parte, se dedicó a enumerar los "Escollones y peligros a que están expuestas las libertades protectoras de la producción" (privada). En la tercera parte, dedicada al sector público, sólo se hizo mención de los consumos públicos sin dedicarse un solo acápite a los posibles "inversores" o gastos no corrientes del Estado.

En "Bases..." por otra parte, el autor descalificó una a una las constituciones latinoamericanas, en cuanto no garantizaban el desarrollo capitalista de esta región, siendo la crítica destinada a los impedimentos prácticos y legales que dificultaban la libre movilidad de factores de la producción, por parte de los respectivos Estados. Así arribó a la conclusión de que "el derecho constitucional de América del Sud, está en contradicciones con los intereses del su progreso material e industrial, del que depende hoy todo su porvenir".

Y más adelante: "Así como antes colocáramos (en primera líneas el objetivo de) la independencia y la libertad de cultos, hoy debemos poner la inmigración libre, la libertad de comercios, los caminos de hierro, la industria sin trabas, etc."

De tal manera, no sólo se asignaba un papel fundamental a la libre iniciativa (libre empresa, libre inmigración, libertad de comercio, libertad de cultos, libertad de trabajo, etc), sino que el Estado debía garantizar que la misma se llevara a cabo. La Constitución de 1853 en este sentido debía proveer de mecanismos que impidieran o al menos dificultaran, las excepciones destinadas a coartar las libertades otorgadas.

Además de J.B. Alberdi, debería mencionarse aunque en una orientación más pragmática que el gran liberal, a los principales gobernantes y hombres públicos de la llamada "Generación del '80": Roca, Pellegrini y Avellaneda. Este último, es particularmente destacable por ser el inspirador de la "Ley de Inmigrantes y Colonización" de modo que 1876, instrumento complementario de la Constitución de 1853, que favoreció la entrada de inmigrantes y su

afincamiento, en el país. Sin embargo, poco adicionaron desde el punto de vista filosófico a las concepciones alberdianas.

Las ideas del “liberalismo originario” y la praxis política de que fue acompañado significaron dos consecuencias fundamentales:

- a) El desarrollo capitalista de la economía argentina, apuntalada con capitales y mano de obra extranjera, y según el modelo agroexportador, que convenía al país y convenía a los países avanzados. Se produjo así una oleada migratoria entre 1860 y 1914 que duplicó la población nativa, y la incorporación de importantes partidas de capital orientadas fundamentalmente a la dotación de infraestructura para la producción y exportación de cereales y carnes. Se produjo también un extraordinario desarrollo de la actividad económica, con pocos parangones en la historia de la humanidad. La expansión del dominio territorial por parte del poder central, la expansión ininterrumpida de la frontera agropecuaria, principalmente de la región pampeana, y un notable incremento en la producción física total y per cápita. Por último se produjo un incremento notable del grado de apertura de la economía, el que se sustentó en exportaciones físicas crecientes, y términos de intercambio marcadamente favorables.
- b) Correlativamente, una serie de consecuencias no tan convenientes: el aniquilamiento o reducción (en lugar de asimilación) de las razas aborígenes preexistentes y la aceptación de una superestructura ideológica “europeizada”, en lugar de la formación de una superestructura ideológica propia: la afirmación de una estructura económica concentrada sectorialmente subestimando toda posibilidad de desarrollo industrial nacional; por último, y vinculado con todo lo anterior, la preeminencia de la ciudad- puerto y la zona pampeana, con detrimento del desarrollo del interior del país.

El asignar mayor importancia al punto a o al punto b (aspectos positivos o negativos del liberalismo originario), ha sido un importante punto de disputa entre los historiadores argentinos. Así, por ejemplo, para la escuela llamada “revisionista”, “el liberalismo político (de base económica) de los que organizaron constitucionalmente el país, había sembrado la semilla de una concepción del ser nacional, basada en desmedro de lo argentino. En cambio para otros, los liberales originarios fueron positivos, en el sentido que transformaron “un coto de caza en un país productor”.

Las ideas predominantes durante el período del liberalismo originario (1853- 1930) fueron esbozadas por Juan Bautista Alberdi y plasmadas en la Constitución de 1853. Es cierto que existieron algunos tímidos intentos en pro de limitar el libre cambio, y diversificar la estructura agroexportadora, pero lo predominante fue el libre cambio y el modelo agroexportador a pesar de las voces aisladas. En este período el liberalismo, en su versión más pura, dominó la disputa de pensamiento económico, y sus realizaciones prácticas a nivel de incorporación de factores de producción y de crecimiento interno fueron la garantía para que así ocurra.

3.2. Los Conservadores

El liberalismo originario o puro comenzó a transformarse a raíz de la Gran Crisis de 1930. Tal como ocurrió en la mayoría de los países occidentales, al menos en aquellos con grado de apertura de su economía considerable, terminó el reinado inapelable del “laissez faire” y el del equilibrio automático. La Argentina era, para ésta época, el segundo exportador de granos y el primer exportador de carnes. La baja de los precios de estos productos demostró la cruda realidad de la vulnerabilidad externa: disminuyó en un 40 por ciento la capacidad adquisitiva del país, y se crearon fuertes desabastecimientos y desocupación.

El liberalismo puso se transformó como ideología de las clases dirigentes en “liberalismo intervencionista” o “Conservadorismo”. Obligados por las circunstancias, se trató de mantener el cuerpo ideológico inspirador de la Constitución de 1853, pero se planteó la conveniencia de realizar algunos ajustes de tipo intervencionista. Muchos de ellos se consideraron sólo provisorios y que debían quedar sin efecto cuando cesaran las causas que les dieron origen. Bajo este marco ideológico se implementaron las medidas intervencionistas de la década del `30: control de cambios (1931), emisión importante de títulos públicos (1932), la creación del Banco Central (1936), medidas a favor de la industria nacional, alejamiento del patrón oro, etc.

Los conservadores, a través de sus voceros principales de la época, Raúl Prebisch, Alberro Hueyo y Federico Piñedo, trataron de encontrar la medida pragmática de conciliación entre su liberalismo y la realidad económica nacional y mundial en transformación. Las medidas principales tomadas, según acabamos de resumir, casi estrictamente operaban sobre el sector monetario. Aquí comenzó la identificación del liberalismo con el “monetarismo” en Argentina. Existiría una aparente contradicción entre este “monetarismo” y la visión que los clásicos y sus continuadores tenían sobre el mercado monetario, al cual concebían como “velo” del mercado real. Pero la contradicción no es tal. Obligados por las circunstancias a actuar sobre el mecanismo económico, prefirieron hacerlo sobre aquella área en que su participación fuera menos notable: el mercado monetario. Las manifestaciones de la crisis eran más evidentes en este campo (salida de capitales, baja de precios internacionales, disminución de las reservas, etc), y creyeron que actuando sobre las variables monetarias, y siempre con criterio provisorio, podrían hacer retornar el sistema a la normalidad.

No obstante, la estructura económica había sufrido considerables modificaciones en el período, de las cuales los desequilibrios monetarios eran sólo su manifestación. El desarrollo extensivo del campo se había detenido, y esto había producido dos consecuencias fundamentales: la disminución (por la caída de los precios) del valor de producción exportable, y las migraciones urbanas de toda la mano de obra que el campo no podía incorporar. Se produjo, impulsado por estas circunstancias, el desarrollo de nuevos sectores económicos: comenzó la etapa de la industrialización sustitutiva de importaciones, y el crecimiento a su lado de un importante sector comercial y de servicios. Hacia fines de la década del '30, existía una estructura económica y de clases sociales muy diferentes. En cuanto a la estructura económica, la participación de la industria en el producto bruto interno en vísperas de la segunda guerra mundial (1938), ya era del 21 por ciento y la participación del

sector comercio, del 19 por ciento sobre el total. Los dos sectores mostraron una dinámica considerable. Esto se reflejaba a nivel de clases sociales. No sólo habían aumentado en número el proletariado y la burguesía industrial, sino que la estructura interna de cada clase era mucho más compleja. La burguesía industrial se presentaba escindida en dos alas: una vinculada al proyecto hegemónico del “modelo agroexportador”, y otra que pretendía disputar la hegemonía de las clases dominantes agrarias. El proletariado a su vez se encontraba dividido entre un proletariado “viejo”, constituido principalmente por inmigrantes y vinculado a los partidos de izquierda llamados “tradicionales” y el proletariado “nuevo”, constituido por los migrantes internos, con poca experiencia política y de lucha, que no se incorporó a los partidos tradicionales y que quedó vacante políticamente hasta el surgimiento del peronismo.

Estos cambios en la estructura económica y social modificaron la realidad sobre la que debió actuar el “liberalismo intervencionista” o Conservadorismo. La dinámica interna y externa que permitieron la aplicación feliz de su ideología y su praxis, y la creación de un consenso en su torno, se volvieron de inmediato en su contra. Las teorías del equilibrio automático habían sufrido un rudo golpe con la Gran Crisis, del cual no fue posible reponerse; la teoría de los costos comparados había servido para construir un modelo muy concentrado sectorialmente, que sufrió en la práctica una gran vulnerabilidad externa. Fue este mismo modelo, y la creencia de las clases agrarias dirigentes de su vigencia eterna, lo que les impidió adaptarse a la nueva realidad e interpretar a las clases emergentes. Hacia 1943, los liberales no sólo perdieron el predominio ideológico, sino también el poder político.

FERRUCCI, RICARDO.
POLÍTICA ECONÓMICA
EDITORIAL MACCHI. BUENOS AIRES, 1991.

2. Las fuentes de filosofía económica en los países desarrollados

2.1. Keynes y la “Teoría General”

Las bases ideológicas de los modelos estructuralistas deben encontrarse necesariamente en la transformación sufrida por la filosofía económica como consecuencia de la Gran Crisis de 1930. La misma significó, a nivel de historia económica, la eclosión de los graves trastornos estructurales que se habían venido acumulando desde la transformación del “capitalismo de competencia”, en “capitalismo de competencia monopólica”. A nivel de filosofía económica la interpretación más lúcida de la nueva realidad coyuntural, fue realizada en la obra señera de John M. Keynes, publicada en 1936.

Visto desde este ángulo, la “Teoría General” fue un primer intento de adaptación de la filosofía económica a la nueva etapa de desarrollo capitalista. Se trataba de encontrar la explicación de las trabas que impedían el desarrollo económico sostenido y con pleno empleo, y las medidas para superarlas.

Dejando intacto el contexto general del sistema de producción capitalista, Keynes se propuso modificar aquellos aspectos de forma, que impedían arribar

a una tasa de crecimiento sostenido. Es cierto que el planteo keynesiano fue coyuntural y de corto plazo, no obstante fue el inspirador básico de los modelos que consideraremos. Keynes dejó amplios surcos por los cuales se desarrollarían las nuevas concepciones, incluso llegó a esbozarlas. Sus continuadores, se encargarían de precisarlas en una dimensión “dinámica” y de “largo plazo”.

En primer lugar las ideas keynesianas significaron el retorno al planteo macroeconómico, luego del interregno marginalista, en el cual la visión totalizadora se había descompuesto en una serie de visiones parciales y psicologistas. De esta manera Keynes retornó al enfoque de la oferta y la demanda global, y dedicó buena parte de su obra a descubrir las variables independientes implícitas en cada uno de sus componentes. No obstante, puso en discusión el “orden natural” y el “equilibrio automático” en su planteo macroeconómico. Los costos sociales de la gran recesión del '30, ponían en serios aprietos, desde la esfera social, la teoría del “equilibrio a la baja”. En un contexto recesivo, en la etapa descendente del ciclo, el logro del equilibrio a la manera clásica, era sólo concebible como una disminución de la oferta global y de los salarios reales. Keynes, partiendo de las evidencias de la Crisis del '30, sostuvo que esta forma de lograr el equilibrio implicaba un elevado costo social, que encontraba serios impedimentos en los mecanismos institucionales preexistentes, principalmente en las organizaciones sindicales. De tal manera el equilibrio automático pasó a ser un “caso particular”, de su “teoría general”, sólo aplicable en aquellos casos en que el sacrificio de la oferta y por ende de la ocupación, no implicaban serios desajustes en la estructura social.

Visto desde este punto de vista, el nivel del empleo dependía del nivel de ingresos globales de la economía y no de los salarios reales, como habían afirmado los clásicos. Si el nivel de ingresos existente era insuficiente para lograr el pleno empleo a un salario dado, se debía lograr su aumento para, a través de él, incrementar la ocupación. El factor desencadenante del proceso era el incremento de la demanda global, que arrastraría tras de sí la oferta y la ocupación. En virtud de ello, Keynes se empeñó en buena parte de su obra (Libros III y IV), en desentrañar las relaciones funcionales de las cuales dependían los componentes de la demanda global (consumo e inversión). Definida la interrelación entre ingreso y consumo (por medio a la propensión marginal a consumir), centró su atención en la variable “inversión”. La inversión privada la definió como una relación funcional con la diferencia entre la “eficacia marginal del capital” (t) (tasa de ganancia esperada), y la tasa de interés de los préstamos (r). La inversión pública la consideró autónoma, ya que dependía de la decisión del ente que fijaba la política económica.

Las consecuencias de la política económica de esta concepción, surgen de inmediato: A) Una integración directa del Estado en los mercados monetarios y de préstamos, a fin de agrandar la diferencia ($t - r$), y facilitar de esta manera la inversión privada. B) Una intervención directa del Estado como demandante de inversión que actuará como sostén del proceso y con una política anticíclica. C) Por otra parte el efecto de la inversión era más que proporcional: el importe de la inversión se multiplicaba en períodos subsiguientes, ya que la inversión originaria iniciaba una onda expansiva del ingreso. Este efecto multiplicador era tanto mayor, cuanto mayor era la propensión marginal a consumir. Esta última idea era trascendente, ya que proyectaba el planteo general de la esfera económica a la social. En efecto: un

país tenía mayor propensión marginal a consumir cuanto más equidistribuido estaba su ingreso, y de esta manera, el efecto “multiplicador” de sus inversiones sería mayor. De tal forma, se lograba una convergencia entre objetivos económicos, sociales y aún morales. Era posible dar un paso importante hacia la integración de las ciencias sociales, el rompimiento del aislamiento de cada rama, y hacia la reconstrucción de la estructura social y política, seriamente fisurada en los períodos anteriores de gran agudización de lucha de clases.

Las consecuencias prácticas, de política económica, implícitas en estos razonamientos apenas esbozados, eran en pocas palabras las siguientes:

- a) El sistema de producción capitalista no tendía naturalmente al equilibrio con pleno empleo, sino que tropezaba con serias trabas que lo alejaban de él.
- b) Estas trabas iban ganando en intensidad en el tiempo, y la profundización de las crisis capitalistas lo atestiguaban.
- c) La solución clásica de las crisis mediante el mecanismo de mercado y la recesión tenía, un elevado y creciente costo social, que en muchas ocasiones lo convertían en impracticable.
- d) No era cierto que la economía, salvo pequeños períodos, tendía al equilibrio de pleno empleo. Más bien sucedía lo contrario.
- e) La solución de las crisis y la tendencia hacia un incremento sostenido y con pleno empleo, debía lograrse a través del incremento de la “demanda efectiva”, principalmente de su componente dinámico: la inversión.
- f) Para obtener este objetivo, el Estado debía declinar sus papel de “gendarme”, e intervenir decisivamente en la esfera económica, a través de las políticas monetarias, crediticias y fiscales.
- g) Esta intervención sería tanto más trascendente, cuanto mejor distribuida se encontrara la riqueza.
- h) El pacto social y la armonía entre clases sociales era en este sentido conveniente, no sólo desde el punto de vista social y moral, sino desde el estrictamente económico.

Las ideas keynesianas sucintamente esbozadas han dado origen a una cantidad de complementaciones teóricas por parte de economistas de los países capitalistas desarrollados. Relatamos a continuación brevemente las líneas más importantes de este desarrollo.

2.2 Interacción entre multiplicador y acelerador

La idea fue desarrollada por Paul Samuelson, pero originariamente correspondió a Alvin Hansen. Para Keynes existía una relación entre el incremento de inversión, y el incremento del ingreso ($\Delta Y = K \Delta I$), o sea que el incremento del ingreso era un múltiplo del incremento de la inversión.

Para estos autores, existía también un efecto inverso, o sea del ingreso sobre la inversión. Al incrementarse el ingreso, se incrementaba su componente de consumo (C), lo cual inducía para los períodos siguientes

nuevas inversiones (I) que fueran capaces de satisfacer este consumo incrementado. O sea que en este segundo caso, la fórmula que representaría el proceso sería:

$$\Delta I = \beta \cdot \Delta C$$

Donde β (el acelerador) era una proporción empírica, que los autores no vinculaban con ningún otro elemento del sistema. Así, un incremento en la inversión, provocaría en definitiva, un incremento del ingreso, superior al calculado por Keynes, ya que se produciría en sucesivos períodos interrelaciones multiplicador- acelerador, hasta que el proceso se agotara.

Estas simples apreciaciones tenían una importancia práctica trascendente. En primer lugar para definir con más exactitud las necesidades iniciales de la inversión correctiva de un proceso recesivo o con altas tasas de desempleo. Pero fundamentalmente en la teoría de los ciclos, ya que eran una importante aproximación a los procesos acumulativos al alza (auge) y a la baja (depresión) que se producían en el corto plazo. De tal manera la onda expansiva, en uno y otro sentido, era mucho mayor y la componente consumo que en el esquema keynesiano aparecía como relativamente pasiva (daba la magnitud de K , pero era "función del ingreso"), cobraba gran vitalidad: se convertía ella misma en variable independiente de la Inversión. Esta afirmación en términos mucho más asequibles, y más vinculados a nuestra realidad cotidiana, significaba que: no sólo la Inversión determina el desarrollo del mercado interno, sino que el desarrollo del mercado interno crea a su vez la inversión.

2.8. El keynesianismo en la década del '80

Los neokeynesianismos o postkeynesianismos han producido, según vimos, un conjunto de nuevas ideas a partir de la obra de este gran autor.

Según R. Dornbusch y S. Fischer, muchos economistas vinculados al keynesianismo se alternaron con los monetaristas no sólo en la discusión teórica sino también en la conducción de la política económica, principalmente en Estados Unidos y Europa Occidental.

A principios de los '60 se aplicó en Estados Unidos la llamada "*Nueva Teoría Económica*". El objetivo de la política económica fue el de mantener la demanda agregada cerca del llamado "potencial económico" (nivel productivo alcanzable). Si la primera estaba por encima de la segunda se producía inflación, produciéndose recesión en el caso contrario. La política de estabilización debía ser activa en evitar estas desviaciones. Debía lograr que no se desperdiciara el producto potencial, y al mismo tiempo lograr su incremento a través de la inversión. De esta manera la política debía cuidar que tanto el consumo como la inversión logaran un nivel razonable. Se recomendó como política las desgravaciones impositivas para incrementar la inversión. El incremento de la productividad permitiría a su vez incrementar la producción, los salarios y el consumo.

La teoría económica postkeynesiana siguió teniendo una importante presencia en muchos autores de la década del '80. Entre ellos James Tobin y Franco Modigliani.

Si bien han modificado aspectos muy importantes de la “Teoría General”, muchos de ellos ya mencionados, siguieron teniendo una cantidad de conceptos comunes con el planteo originario. Entre ellos:

- a) El ajuste de los mercados se producía a través del movimiento de cantidades y no de precios. Seguía por tanto existiendo una cantidad de rigideces que la política económica activa debía ayudar a vencer.
- b) La distribución de la renta entre salarios y beneficios desempeñaba un papel fundamental en la evolución económica, al influenciar los niveles de consumo e inversión.
- c) La eficacia marginal del capital y los beneficios eran los dos elementos fundamentales que definían la inversión.
- d) Los rasgos institucionales, la actuación de la política económica principalmente, eran fundamentales para la formación del ciclo económico e intentar su solución.

De todo lo anterior se deducía la importancia de la política económica activa para lograr que las demandas y ofertas en cada mercado se ajustaran, la distribución del ingreso ayudara a lograr un nivel de consumo e inversión deseables, lograr expectativas y tasas de beneficios presentes que garantizaran el incremento de la capacidad productiva, y en general operar atemperando el ciclo económico.

A principios de los '80 se desarrolló una ideología y se aplicó en la práctica una política de raíces keynesiana. Se dio en llamar “*economía de la oferta*” (“supply economy”) o más vulgarmente “*reaganomics*”, en alusión al poder ejecutivo que la implementó. La fracción más académica estuvo formada por Martín Feldstein y Michael Boskin. La fracción más política la formaban Arthur Laffer, Geroge Gilder y Norman Ture.

El planteo básico, sintetizado en la llamada “curva de Laffer”, refería que era posible bajar las alícuotas impositivas y obtener varios beneficios simultáneos: el alza de la recaudación, el aumento de la producción y la inversión, y la baja de la inflación. Este efecto se lograría por cuanto, siendo las alícuotas muy altas se producía e invertía poco, y su rebaja produciría un shock de confianza. Esta política fue utilizada para una coyuntura antitética a la que Keynes vivió en 1936. En esta última fecha se trataba de utilizar la capacidad instalada a través del aumento de la demanda agregada. En 1980, se trató de incrementar la capacidad instalada motivándola a través de las rebajas impositivas. Tenían en común sin embargo dos aspectos. En primer lugar el ser políticas activas, a diferencia de aquellas surgidas del tronco liberal. En segundo lugar no prestar atención, dentro de cierto límite, al déficit fiscal de corto plazo, ya que se pensaba que el incremento de la actividad sobreviniente lo solucionaría en exceso.

Los resultados obtenidos no fueron sin embargo favorables. Los efectos finales sobre la producción no fueron todo lo positivo que se esperaba, y el déficit fiscal y la inflación fueron rápidamente crecientes.

3. Las fuentes de la filosofía económica en Latinoamérica

3.1 La CEPAL y la problemática latinoamericana.

La instauración de la CEPAL en 1948 ha significado una modificación sustancial en el pensamiento económico latinoamericano relacionado con el desarrollo económico, y dio base de sustentación a una filosofía económica de raíces keynesianas, que pretendió adaptar los postulados de la ciencia económica originada en los países desarrollados, a los países de esta región.

Según relata Raúl Prebisch, uno de sus inspiradores máximos, la idea primera y subyacente de la CEPAL fue la necesidad de industrialización para poder, a través de ella, reducir la vulnerabilidad de las economías latinoamericanas, y permitir a la “periferia la apropiación del fruto de su progreso técnico”. La protección aduanera era un requisito básico para obtener esta industrialización, y la misma tenía un contenido especial en los países desarrollados.

Por otra parte, la CEPAL planteó el problema del subdesarrollo, como un problema crucial: era imposible comprender el fenómeno de la inflación, los desequilibrios externos, la desocupación, la baja productividad, etc., sin tener en cuenta las características estructurales de un país subdesarrollado. Esta aseveración fue dirigida a un enfrentamiento directo con las teorías neoclásicas y liberales, y a su óptica simplista y monetarista de análisis. Esto último significaba cambiar el orden de prioridades de la política económica: la estabilidad y los problemas monetarios en general devenían, así, una consecuencia del desarrollo económico, y no su precondition. El problema central pasaba a convertirse en cómo obtener el desarrollo y la industrialización. La conversión de este aspecto en el objetivo central de la filosofía económica de la CEPAL, ha justificado la designación de la misma como “teoría del desarrollo”, o simplemente “desarrollismo”.

En primer lugar, la CEPAL diferenció el ámbito en que debía desarrollarse un país en la actualidad, con referencia al ámbito que encontraron los países ya desarrollados. Por esto, no aceptaba la definición de países “demorados”, o “atrasados” o “en desarrollo”, para definir a los países de la región. Estas eran expresiones acuñadas en los países centrales, que daban una idea de tiempo, de una dinámica que tarde o temprano convertiría al “país en desarrollo” en “país desarrollado”. La misma invitaba a los países periféricos a imitar su ejemplo y el camino recorrido por los países hoy desarrollados.

Decían sobre el particular O. Sunkel y P. Paz: “desde el punto de vista de la teoría y el análisis del crecimiento, un país subdesarrollado se concibe como una situación de atraso... como si se tratara de una carrera en la cual unos están más adelantados y otros van quedando rezagados, pero donde todos compiten en una misma pista...con idénticas reglas de juego. Para la teoría del desarrollo se trata de competidores con objetivos disímiles, y con reglas de juego diferentes, impuestas en gran medida por uno de los grupos.”

La diferencia estribaba principalmente en:

- a) Los países desarrollados el siglo pasado, lo hicieron libremente, sin presiones externas.
- b) Pudieron diversificar armónicamente sus sectores productivos.
- c) No dependían del exterior para aprovisionarse de equipos y tecnología.

- d) No tenían una competencia mundial tan desarrollada como la actual.
- e) Encontraron zonas libres donde practicar el colonialismo político y económico.

Por todas estas razones la CEPAL prefirió llamar a los países con menor nivel de desarrollo, “subdesarrollados” o “periféricos”, a fin de diferenciar el ámbito en que debían “despegar”, con relación a aquellos que “despegaron en los siglos XVIII y XIX”.

La filosofía keynesiana ha brindado un marco teórico importante al desarrollo de las ideas de la CEPAL. Así, deben computarse entre las ideas keynesianas usadas por los cepalinos, en principio de la “demanda efectiva” como determinante del nivel de empleo e ingreso, y el amplio uso de los análisis macroeconómicos. Por otra parte, también fue keynesiana la importancia que en los planteos cepalinos tiene la inversión, como componente dinámico de la demanda global. Además, la política fiscal (en particular la inversión pública), y más en general la necesidad de un intervencionismo estatal coordinado, que apuntalara la inversión privada, y permitiera superar las dificultades estructurales del subdesarrollo. Por último, también fue keynesiana la deseabilidad de una redistribución progresiva del ingreso, como medio de estimular la demanda y aumentar el nivel de ingreso y empleo. Sobre esto último, a la deseabilidad económica, los cepalinos agregaron una deseabilidad social y aún moral, basada en el bienestar de la población, lo cual los llevaba a distinguir su “desarrollo” (aumento del PBI con redistribución progresiva del ingreso), del “crecimiento” de la teoría tradicional (aumento del PBI, sin preocuparse de su redistribución progresiva).

Lo propio ocurrió con ciertas ideas y esquemas ideológicos esbozados por autores neokeynesianos, o continuadores de sus esquemas de filosofía económica. El desarrollo en base al “alargamiento del mercado interno”, tuvo su origen en los planteos neokeynesianos que interrelacionaron “multiplicador y acelerador”. El uso de la “programación” ha sido una de las recomendaciones básicas de los técnicos de la CEPAL, y a su amparo se han enunciado innumerables “programas” nacionales. La integración ha sido también bien acogida por los técnicos de la CEPAL y han participado activamente en varios intentos de integración regional (ALALC, ALADI, Pacto Andino, Mercado Común Centro Americano). Por último las teorías sobre el “desarrollo desequilibrado”, y el “desarrollo polarizado”, han formado también parte del bagaje ideológico cepalino, y han dado pie a innumerables intentos de aplicación regional, y a una profusa bibliografía.

No obstante, no debemos caer en la simplificación de considerar a las teorías de la CEPAL como un simple keynesianismo o un neokeynesianismo: sólo ha sido influenciado por estas doctrinas. El mismo Prebisch se ha encargado de aclararlo: “Descubrimos en América Latina que el genio de Keynes no era universal, sino que sus análisis se ceñían a fenómenos económicos de los grandes centros, y no tenían en cuenta los problemas de la periferia.”

3.2. Contenido de la estructura

Luego de brindar estas explicaciones pasemos a precisar más exactamente que se entiende por “país desarrollado”.

En la definición de Celso Furtado: “Una estructura subdesarrollada es aquella en la que la plena utilización del capital disponible no es condición suficiente para la completa absorción de la fuerza de trabajo al nivel de productividad correspondiente a la tecnología que prevalece en el sector dinámico del sistema. Es la heterogeneidad tecnológica entre sectores o departamentos de una misma economía lo que caracteriza al subdesarrollo.”

Esta definición tuvo dos características destacables. En primer lugar, a nivel descriptivo, reflejó la realidad del “dualismo estructural” latinoamericano, ya que sus economías se presentan en la mayor parte escindidas en un sector atrasado y un sector avanzado. Además, jerarquizó el tema del “desarrollo regional”, como paso simultáneo e imprescindible a fin de lograr el desarrollo global.

En segundo lugar, planteó el tema del subdesarrollo como una carencia estructural que se perpetúa, como una “insuficiencia dinámica” en las palabras de los cepalinos. La razón de esta insuficiencia dinámica, residía en el “desequilibrio entre productividad e inversiones”. “El capital requerido para absorber la mano de obra redundante es superior al ahorro que momentáneamente puede obtenerse”.

3.3. Dinámica del modelo

Si planteamos el problema basándonos en la ecuación macroeconómica fundamental, tenemos la siguiente representación de la problemática estructuralista.

$$PBI + M = C + I + X$$

Donde, como normalmente se entiende: PBI= producto bruto interno, M= importaciones, C= consumo, I= inversión, X= exportaciones.

Siendo el primer término de la igualdad la oferta global, y el segundo la demanda global.

Para que la economía pudiera desarrollarse era necesario operar sobre el factor inversión (I), haciéndolo crecer en el tiempo $(\frac{dI}{dt} > 0)$. Se podía pensar en una solución simple del problema: lograr el efecto deseado, reduciendo el consumo más o menos compulsivamente $(\frac{dC}{dt} < 0)$, preocupándose posteriormente de que el incremento del ahorro así logrado, se destinara a incrementar efectivamente la inversión. Pero el problema era mucho más complicado en las economías subdesarrolladas, ya que esta solución simplista, implicaba que los bienes de capital necesarios para incrementar la inversión

podían producirse internamente, lo cual por carencia de tecnología y de plantas disponibles para ello, no era posible.

Estos bienes debían importarse. Esto último implicaba un incremento de las importaciones en el tiempo $\left(\frac{dM}{dt} > 0\right)$. A su vez este nuevo elemento planteaba un problema adicional. Para importar se necesitaban divisas, y las mismas, a menos que se contara con reservas muy elevadas (situación que podemos descartar por irreal en el caso de las economías subdesarrolladas), debían surgir del desarrollo de las exportaciones. Así, se arribaba al problema crucial: el desarrollo dependía del incremento de las exportaciones. Si a su vez el crecimiento de las exportaciones (que en los países subdesarrollados dependía de la oferta agropecuaria exportable, en alto porcentaje) era baja $\left(\frac{dX}{dt} = 0\right)$ el problema sólo podía resolverse mediante préstamos, o endeudamiento externo, que permitiera independizar al aumento de las importaciones del aumento de las exportaciones. Para esto a su vez tenía también un límite.

Existía un problema dinámico que también era necesario considerar ¿qué ocurría en el tiempo con el coeficiente de importaciones $\left(\frac{dM}{dY}\right)$. Era posible pensar, siguiendo la opinión de D. Seers, que el problema no fuera demasiado serio, ya que la diversificación de la estructura interna haría que este coeficiente disminuya en el tiempo $\left(\frac{dX}{dY} < \frac{dM}{dY}\right)$ en los países con proceso de sustitución de importaciones avanzado, o a lo sumo permaneciera constante

$$\left(\frac{dX}{dY} = \frac{dM}{dY}\right)$$

Pero también era posible ser menos optimista (como en el último período parece ser lo dominante al juzgar la “industrialización sustitutiva de importaciones”), y pensar que el coeficiente de importación debía aumentar en el tiempo, ya que desarrollar industrias dinámicas implica una dependencia del sector externo (importación de bienes de capital, insumos críticos y tecnología), mucho mayor.

Otro planteo adicional, se refiere a la componente consumo. Si bien la misma no podía solucionar en forma directa el problema del desarrollo (ya que para importar se necesitan divisas), sí podía ayudarse en forma indirecta este proceso, de dos maneras: A) Eliminando de las importaciones aquellas prescindibles destinadas al consumo. B) Liberando recursos internos que pudieran ser orientados para la industrialización sustitutiva de importaciones. Pero era necesario comprimir cierto tipo de consumo. No aquel vinculado con las clases productoras (insumos que podrían afectar el desarrollo de la producción), ni aquel vinculado con el bienestar de las clases populares, ya que uno de los objetivos de la CEPAL era lograr una redistribución progresiva del ingreso. El consumo que debía comprimirse era el de las clases más acomodadas que dedicaban buena parte de sus ingresos a consumos de lujo o prescindibles.

Como vemos, para los cepalistas, las economías subdesarrolladas estaban afectadas de serias deficiencias estructurales. Para desarrollarse necesitaban industrializarse, más en general diversificar su economía, pero para lograr este objetivo era necesario actuar sobre todos los componentes de la oferta y la demanda global: A) Sobre las inversiones, incrementando su tasa de crecimiento más allá de lo que se obtendría con la tendencia natural, y con una orientación productiva sustitutiva de importaciones. B) Sobre las importaciones, para modificar su estructura, a fin de brindar los equipos e insumos que la inversión necesita y limitar las importaciones prescindibles. C) Sobre las exportaciones, con el objeto de incrementar, en lo posible, su volumen y diversificar su estructura. D) Sobre el consumo, a fin de limitar aquellos superfluos y prescindibles, y estimular el consumo que genere mayor bienestar. El esquema tendía a poner de relieve las serias deficiencias estructurales, que a su vez eran las causantes de estrangulamientos internos (falta de ahorro y de bienes de consumo popular suficientes), y externos (inelasticidad de la oferta agropecuaria y deterioro pronunciado de los términos de intercambio). La densidad del análisis anterior contrasta con la simplicidad y automatismo con que las teorías liberales han pretendido dar solución a la problemática latinoamericana, y argentina en particular.

3.4. Política económica propuesta.

La complejidad de las estructuras subdesarrolladas, según la versión de la CEPAL, justificaba las medidas de política económica que los cepalistas sostenían. La coordinación de todas ellas, a las cuales nos referiremos de inmediato, implicaba de una parte la difusión de “ideas y actitudes nuevas”, y a su vez, “una vocación consciente expresada a través de la planificación”. Las “ideas y actitudes nuevas” se referían a una vocación de desarrollo y a no desperdiciar en forma improductiva los recursos disponibles. Por otra parte y siempre en este terreno, se dejaba vislumbrar el problema de las “resistencias a las reformas”, lo que traducido en términos de grupos sociales estaba dirigido a los sustentadores del “modelo agroexportador” y de la economía tradicional. Se delineaban así los dos polos contrapuestos: quienes estaban por el desarrollo (clases populares, burguesía industrial y agropecuaria, clases medias) y quienes estaban en su contra (oligarquía terrateniente y sectores rentistas, en general).

Con respecto a la planificación, la misma debía dirigirse contra “el juego espontáneo de las fuerzas de la economía... para mantener o conseguir una tasa de satisfactoria de crecimiento, atenuar las fluctuaciones del ciclo y lograr una equitativa distribución del ingreso”. O sea que la versión cepaliana se refería preferentemente a la programación, tanto indicativa como normativa, según las hemos definido anteriormente. No obstante los cepalianos, referían como estímulo originario, a “su planificación” la experiencia soviética, lo cual nos ha hecho depositario de acerbos críticas de las tendencias liberales.

Las soluciones que los cepalianos encararon a fin de salir del subdesarrollo, se deducían de todo lo dicho: A) Un control sobre la inversión, planificando la misma a fin de lograr que se realice con un orden de prioridades y evitando las filtraciones improductivas del ahorro. B) Una modificación de las estructuras de consumo, que restringiera los consumos improductivos e incrementara los consumos sociales. C) Un desarrollo de las cantidades físicas y valores exportables mediante la modificación de la estructura de tenencia de tierra, y la diversificación de productos que se dirigían al exterior. D) una modificación de la estructura de las importaciones, que permitiera evitar aquellas superfluas y concentrar el esfuerzo en aquellas necesarias para el desarrollo.

Todo lo anterior tendía a la ampliación del mercado interno, tratando de reducir la vulnerabilidad de cada economía. La integración regional era también un poderoso impulso en este sentido. La institución de polos de desarrollo, tendía a su vez a fortalecer los sectores y regiones débiles, y se planteaba como un arma eficaz, en la lucha contra el dualismo estructural.

Nos interesa mencionar especialmente los siguientes aspectos de la política económica cepaliana, ya que son los que aparecen con más frecuencia en la polémica en torno a sus ideas:

- a) La planificación, lo cual significaba una participación activa y decidida del Estado en la dirección del proceso económico.
- b) La reforma agraria, que en sus diferentes versiones parecía entenderse como modificación del sistema de tenencia de tierra, eliminando o bien limitando la participación decisiva de las clases terratenientes.
- c) La participación del capital extranjero, que era retenido como necesario para compensar las carencias del poder adquisitivo internacional de los países subdesarrollados. La forma en que se entendía esta participación ha dado lugar a la formación de dos corrientes, que llamaremos “nacionalista” (capital extranjero en asociación minoritaria con el capital nacional y dirigido a sectores no básicos) y otra “internacionalista” (mayor libertad de acción y participación del mismo).
- d) la necesidad de formar un “pacto social” entre las clases activas del modelo (burguesa y proletariado industrial, clases medias) como presupuesto para el funcionamiento del mismo.
- e) La conveniencia de la integración latinoamericana, a fin de lograr ampliar mercados y obtener acuerdos de complementación entre diversos países.

3.5. Implementación y visión actual

La implementación del modelo de la CEPAL se ha intentado en muchos países latinoamericanos en las últimas tres décadas, siendo los casos más mencionados el de Kubitschek en Brasil, el de Frondizi en Argentina y el de Frei en Chile. Los resultados no han sido del todo satisfactorios en el sentido de que el desarrollo obtenido fue acompañado por subproductos negativos tales como: mayor dependencia de las importaciones, importante inflación merma en la producción agraria, etc. Las críticas no se han hecho esperar. Desde el liberalismo se ha acusado a los cepalistas de destruir los “equilibrios económicos fundamentales”, fomentando así la inflación en vez del desarrollo. Desde una posición más crítica se los ha acusado de desconocer las características de la “dependencia” latinoamericana y la posibilidad de desarrollo capitalista autónomo en la región.

A pesar de ello, han inspirado corrientes políticas e intelectuales, que lideraron importantes procesos de integración e industrialización. Más allá del valor intrínseco de sus teorías, es indiscutible hoy el valor heurístico de las mismas. Estos autores tuvieron la virtud de plantear la especificidad de las estructuras latinoamericanas, y construir un aliento a tendencias nacionalistas, que dejaron de considerar como sagradas las teorías engendradas para otros ámbitos estructurales. No menos importante es el impulso, que con su propio ejemplo, dieron a la investigación empírica en nuestros países.

Las dificultades pragmáticas con que tropezó el modelo cepalino en sus implementaciones, obligó a sus miembros inspiradores a realizar modificaciones en el planteo original. Este replanteo, se realizó en diferentes aspectos:

- a) En primer lugar se revaloró la tendencia originaria de favorecer por todos los medios la industrialización sustitutiva de importaciones.
- b) Se descubrió que si el capital externo no se orienta claramente hacia ciertos sectores en virtud del interés nacional, puede quedar vulnerado el poder nacional de decisión, sin obtener compensaciones adecuadas.
- c) Se concluyó que si la redistribución progresiva del ingreso no se realiza adecuadamente, puede causar mayores tensiones en el cuerpo social que las que pretende solucionar. En este último sentido es de mencionar como subproducto negativo de las implementaciones cepalinas, un sesgo “pro industrialista” y “antiagrario”, que en muchos casos afectó al sistema productivo agropecuario.
- d) Por último, en esta breve deserta, debemos mencionar que el planteo original cepalino, fue básicamente funcionalista económico, y a nivel interno de cada país. Por ejemplo la teoría del “dualismo estructural” fue enunciada teniendo en cuenta principalmente el plano económico interno de la estructura, y desestimando los aspectos políticos y sociales internos y externos que la condicionaban. La experiencia demostró que la solución del subdesarrollo no surgía solamente de encontrar los instrumentos económicos adecuados, para hacer avanzar al “sector dinámico del sistema”.

Los autores estructuralistas más lúcidos han avanzado en la enunciación del modelo por las líneas tendenciales apuntadas. El modelo originario resultó, así, parcialmente modificado.

4. Los modelos estructuralistas en Argentina.

En la Argentina, las ideas de cuño keynesiano- estructuralista han tenido presencia en dos modelos, que es fácil definir teóricamente, pero que en los hechos de política económica es más difícil diferenciar. A dichos modelos los vamos a denominar “Nacional Distribucionismo” y “Desarrollismo”. El origen de esta denominación surge de un ensayo de Tomás A. Vasconi. Pretendemos de esta manera distinguir dos modelos con algunas características disímiles, en un marco concurrente.

Ambos tuvieron aspectos comunes, cual fue la jerarquización del desarrollo y la industrialización, como objetivo primero de la política económica; y la aplicación de una estructura teórica más o menos keynesiano-estructuralista, tal como las llevamos definidas, (papel de la demanda y en especial de su componente autónomo, la inversión; redistribución de ingresos; participación del Estado; supeditación de los problemas monetarios a variables reales, etc.). pero se diferenciaron básicamente por el papel que en cada modelo jugaron las inversiones extranjeras. En especial:

- a) Si ellas debían ocupar un rol fundamental en la dinamización de la demanda y la producción.
- b) Hacia qué sectores económicos debían dirigirse.
- c) Dónde se localizaba la decisión de estas empresas, en el país o en el extranjero.

El “Nacional Distribucionismo” confiaba en poder desarrollar un “sistema de producción capitalista autónomo”, y por tanto la dinamización de la demanda y la producción debía encontrarse en la extensión del mercado interno, mediante el estímulo a la empresa nacional, y la redistribución del ingreso. Se delineaba, de esta manera, un área que era de competencia del Estado y del empresariado nacional, que comprendía principalmente transportes, industrias básicas, energía, etc., y a la cual se declaraba de interés nacional, vedándose el acceso a la empresa extranjera. Se establecían, al mismo tiempo, importantes limitaciones sobre entrada y salida de capitales, formas organizativas, giro de dividendos, etc., de las mismas.

El “Desarrollismo”, en cambio, asignaba un importante papel al capital extranjero en el crecimiento de la demanda y la producción. No establecía muchas limitaciones sectoriales en cuanto a su radicación, permitiendo que se concentrara en las “industrias dinámicas” (que en un alto porcentaje coincidía con las “industrias básicas”), donde la tecnología era más capital intensiva, y los beneficios más elevados. A la vez brindaba a estos capitales desgravaciones impositivas, libre movilidad, igualdad de trato con el capital nacional, y todas las garantías necesarias a las Casas Matrices. Algunos autores han afirmado que la división aquí establecida en cuanto a la vigencia de los modelos no era de tipo vertical, sino también de tipo horizontal. Según ellos, más que una coexistencia de modelos, se debía pensar en dos etapas históricas diferenciadas.

Dice al respecto T. Vasconi: “A partir de la década del '50 comenzaron a producirse cambios importantes en las condiciones estructurales del desarrollo.

Este proceso ha sido denominado la “internacionalización del mercado interno”... Se refuerza el sector industrial, y se define una pauta peculiar de industrialización, basada en un mercado urbano restringido, pero lo suficientemente importante en términos de renta generada, como para permitir una industria moderna... En estas condiciones, la inversión extranjera se dirige preferentemente hacia el sector manufacturero, acelerando su proceso de modernización y diversificación, y acentuando el control externo de la economía. Así, tanto el flujo de capitales como el control de las decisiones económicas, pasan por el exterior. Aquí la ideología “nacionalista- desarrollista-populista”, pierde paulatinamente su hegemonía como ideología dominante, y es sustituida por el “desarrollismo”, sin adjetivación, que ya no hace hincapié en quien controla el proceso, sino en las características económicas y técnicas del mismo.”

Esta generalización es válida parcialmente para la Argentina. El modelo “Nacional Distribucionista” es aplicable a la ideología del “peronismo originario”, y a la política económica implementada por el peronismo en el poder, principalmente de 1946 a 1952. El modelo del “Desarrollismo” ha influenciado en las últimas dos décadas a grupos importantes de economistas y políticos, y ha presidido la política económica de varios gobiernos, siendo el caso más claro el del Dr. Arturo Frondizi, principalmente en los años 1961 y 1962.

Si bien los modelos “puros” tuvieron clara vigencia política en los períodos considerados, las filosofías económicas respectivas han participado en “modelos combinados”, y presidieron buena parte de la disputa ideológica económica reciente.

En el caso del Nacional Distribucionismo tuvo una vigencia atemperada en el período 1952-55, 1963-66 y en las experiencias más recientes 1973-76 y 1983-84. En el caso del Desarrollismo se detectan influencias del modelo en los períodos 1952-55, 1966-70.

Relaciones entre economía, política y cultura en las matrices de la filosofía jurídico- política liberal, del liberalismo económico y del marxismo.

Por: Profesor Eduardo A. Gálvez

Filosofía jurídico- política liberal

En la filosofía jurídico- política liberal el punto inicial para la construcción de la sociedad es el contrato o pacto voluntario entre los individuos racionales que constituyen esa sociedad.

Se van a formular dos conceptos distintos de Estados, que se apoyan en dos visiones diferentes de la naturaleza humana: la teoría del Estado Absoluto y la del Estado Representante o Liberal.

Thomas Hobbes es el máximo representante de la primera y sostiene en su obra *The Leviathan* que la sociedad se construye para superar el estado

natural de “una guerra de todos contra todos”. El deseo de poder que garantiza la seguridad es el que genera esa guerra constante. Define dos principios antagónicos de la naturaleza humana: el de supervivencia, que origina la lucha y el de la razón que lleva a los hombres a la unión y a la cooperación. Ambos combinados posibilitan la construcción de la sociedad, que se realiza a través de un pacto, que a su vez debe ser garantizado por un gobierno fuerte, capaz de castigar el incumplimiento de dicho acuerdo. Su teoría identifica al gobierno de la fuerza –la razón no es suficiente- y le otorga al soberano una legitimidad natural, no de orden divino.

El Estado se constituye con el objetivo de garantizar la seguridad, en especial, contra el ataque de los otros hombres en la búsqueda de su propio interés.

Hobbes recupera la noción de los epicúreos –siglo IV antes de JC-. Noción que sería nuevamente retomada casi 150 años después por Adam Smith en su obra *La Riqueza de las Naciones*. La citada escuela filosófica griega concebía la naturaleza humana como esencialmente egoísta. Hobbes fundamenta la necesidad de la monarquía absoluta, por la situación histórica que le toca vivir, ya que Gran Bretaña atravesaba el conflicto entre Cronwell y los Estuardos. El filósofo intentará demostrar que su visión podía ser compatible con todo gobierno fuerte que garantice la propiedad, la seguridad, la paz y el orden.

La teoría del Estado Liberal o Representativo, luego de la revolución gloriosa inglesa de 1688, se legitima con el aporte de John Locke, quien sostiene que los hombres se mueven con igualdad y libertad dentro de los límites de la ley natural. Dicha ley coincide con la razón y expresa que siendo todos los hombres iguales e independientes nadie debe dañar a otro en su vida o posesiones.

Para que la ley pueda cumplirse, es preciso castigar a los transgresores. Por eso los hombres deben superar el estado natural a partir de un pacto por el que acuerdan formar parte de una comunidad.

Sólo se puede construir una sociedad, cuando los hombres se unen, renunciando cada uno de ellos al poder de ejecutar la ley natural. De ese modo, el Estado dispone de poder para hacer las leyes (origen del poder legislativo); para castigar a quienes no las cumplan (poder judicial) y para instaurar la paz o la guerra (origen del poder ejecutivo).

La soberanía pertenece al pueblo, quien tiene el poder de nombrar y cambiar a sus legisladores. El aporte de John Locke resulta fundamental para la conformación de la matriz del liberalismo jurídico- político. La misma se asienta en el contrato social y en la división de poderes y resulta piedra angular para la concepción actual del Estado.

Liberalismo económico.

La otra forma que toma el concepto de la sociedad, desde una óptica liberal es la instaurada por la economía política. Adam Smith y David Ricardo – ambos ingleses- son sus máximos exponentes y continúan con el concepto del egoísmo de la naturaleza humana formulado por Hobbes. Pero difieren en lo

social. Sus aportes fueron realizados a fines del siglo XVIII y en la primera mitad del siglo XIX.

Para esta matriz de pensamiento la sociedad surge como una estructura que los individuos crearían, sin una conciencia plena, al tratar de alcanzar sus fines particulares. Este "orden natural", es decir la propia sociedad, se desarrolla a espaldas de los individuos. No es producto de la voluntad de la conciencia de los mismos.

Es la naturaleza de ese orden y no un pacto el que permite al Estado la función base de garantizar el libre desarrollo del juego del mercado.

Por lo tanto, en esta matriz, el modelo de Estado -absoluto, autoritario o representativo- se define en términos funcionales, ya que su forma política es secundaria respecto al rol de garantizar la seguridad de la propiedad y promover la libertad para garantizar la libre iniciativa de la sociedad.

Existen no obstante algunas coincidencias entre ambas matrices liberales, entendiéndose por tales a la articulación de un conjunto de categorías y valores constitutivos que conforman la trama lógica conceptual básica y establecen los fundamentos de una determinada corriente de pensamiento o lo que es lo mismo, una manera particular de entender el mundo.

Tanto en la filosofía jurídica como en el liberalismo económico el derecho natural de propiedad sólo puede generar conflicto, si alguno pretende arrebatarse a un hombre de sus pertenencias. Ambas eluden la desigualdad heredada por el poder económico, al que conciben como un derecho y sostienen la independencia entre economía y política. Las diferencias son cuantitativas, lineales, vinculadas solamente con la mayor o menor posesión de bienes. Dependen de una mayor competencia de cada hombre por alcanzar y poseer bienes.

Siguiendo esa línea de pensamiento se puede concluir entonces que la riqueza de algunos no está relacionada con la pobreza de otros. Los problemas sociales surgen como puntuales y no cuestionan el orden natural del mercado ni el legislativo político.

No obstante, ambas matrices difieren entre sí respecto al concepto de la ciencia social y las definiciones teóricas que se desprenden de sus respectivos fundamentos sobre la naturaleza humana primigenia y la idea de sociedad.

Para el liberalismo económico los individuos crearían un orden sin tener conciencia al tratar de alcanzar sus fines particulares. Surge entonces la sociedad como un orden natural. Tiene una legalidad de carácter objetivo que no es producto de la conciencia de los individuos. Y sobre esta supuesta objetividad apoya su mirada científica.

El orden natural está regido por leyes que pueden ser develadas a través de una ciencia, que debe descubrir en las cosas su autonomía. No debe inventar leyes, sino dejar fluir las existentes que definen a la naturaleza como tal. Por eso el Estado no debe intervenir, si no sólo liberar el "estado de naturaleza", que es anterior al gobierno mismo.

Por el contrario para la filosofía jurídico liberal la sociedad se construye a través de un pacto, en el que participa la voluntad de cada individuo. Es imposible entonces la pretensión de objetividad ya que interviene la conciencia y la voluntad de las personas. La ciencia no devela leyes, aporta los conocimientos para la construcción consciente de esas leyes, que se legitiman en el consenso. La ciencia puede desarrollar proposiciones universales, pero

éstas dependen desacuerdo inter sujeto entre las comunidades de científicos pertinentes.

Carlos Marx y Federico Engels.

Marx y Engels plantean una crítica contundente a la ideología y a la sociedad burguesa al demostrar la falacia de considerar al hombre sólo como un ciudadano, olvidando al productor, que remite a la lógica de desigualdad del sistema de producción capitalista.

La propiedad privada de los medios productivos, lecho de piedra de las matrices liberales, da lugar a la gestación y apropiación de la riqueza social a través de la explotación de la fuerza de trabajo y la extracción de la plusvalía.

Para Marx, la verdad del Estado se encuentra en la estructura de la sociedad civil, formada por clases sociales antagónicas en función de las relaciones de producción y de las formas de propiedad de los medios productivos.

Marx critica a la teoría política a través de la economía política. Cuestiona el “robinsonismo” sobre el que se asienta la concepción de la naturaleza humana y de la sociedad en el liberalismo. Esa visión pretende convertir en condiciones naturales aquello que es el resultante histórico de un determinado desarrollo social: el hombre es un ser social y la sociedad es siempre histórica.

Para Marx, los períodos anteriores al capitalismo se encontraban regidos por el azar. Si el capitalismo creó las condiciones histórico- materiales para el pasaje del azar a la necesidad, el socialismo constituye el pasaje de la necesidad a la libertad. El hombre deja de estar enajenado.

Desde esta perspectiva se suele inferir que el desarrollo necesario de las fuerzas productivas llevarían al socialismo como “movimiento de lo real”, como resultante de una potencia que al ser alcanzada daría lugar a la posibilidad de ejercer una dirección consciente de lo social y anular la enajenación del ser genérico.

En la sociedad capitalista ese movimiento de lo real está motorizado por las contradicciones entre el nivel alcanzado por las fuerzas productivas y las relaciones de producción, asentadas en la apropiación privada, que se manifiesta como lucha de clase.

El Estado es entonces producto de los antagonismos en el interior de la sociedad. Es una fuerza al servicio de la clase dominante que monopoliza el ejercicio de la violencia, a fin de mantener las relaciones de producción existentes.

La sociedad socialista, entendida como superación del capitalismo, requiere una etapa en la cual el proletariado se constituye en clase dominante. Luego de esa etapa tienden a disolverse las clases sociales y el Estado como instrumento de dominio de una clase sobre otra. Al gobierno de las personas lo sucederá la administración consciente de las cosas y los procesos de producción.

El pensamiento de Marx y Engels está influido por las concepciones positivistas de la época ya que conservan –a pesar de su crítica- una perspectiva de progreso indefinido y universal de la historia. El proletariado industrial se constituye en el sujeto social histórico, capaz de alcanzar un

conocimiento no distorsionado del devenir social; un sujeto que al alcanzar la conciencia de su propia explotación será capaz de modificar a toda la sociedad.

Marx enfatiza que las ideas dominantes de una época, son las ideas de la clase dominante. La ciencia propuesta por Marx aparecería como la prefiguración de la conciencia verdadera del sujeto socialmente revolucionario, actuando como eje para una transformación radical de la sociedad.

Esta ciencia se propone ser universal (se sustenta en el desarrollo universal de las fuerzas productivas) frente a la cual toda otra concepción aparece como pre científica, limitada o distorsionante de los intereses históricos del proletariado y su misión transformadora.